
Mi error es el JEFE
PÍA BROOKS

Mi error es el JEFE

Pía Brooks

Edición 2024. Pía Brooks
Todos los derechos reservados.

capitulo1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 1

AISHA

Despertarse a las cinco de la mañana no era agradable nunca, pero aquel lunes uno de noviembre fue peor que en cualquier otra ocasión. Mis razones para odiar el día nada más comenzarlo eran claras: Tenía que viajar a un lugar que no me gustaba; hacerme la simpática con personas a las que no soportaba; y tener al psicópata de mi jefe pegada durante más de una jornada.

Maravilloso.

Me levanté buscando a ciegas las zapatillas de andar por casa. En esas fechas ya era imposible seguir mi costumbre de correr de puntillas por casa de una estancia a otra. La siguiente tortura consistió en ducharme.

¿Quién diablos me había convencido de que era peor meterse bajo la alcachofa por la noche antes de dormir?

Casi pude oír la voz de mi madre “Si te secases el pelo, no sería peor”.

Apreté la toalla contra el pecho mientras decidía que alguien debía de haberse peleado conmigo por la noche sin que yo me diese cuenta, porque, sino era así, no podía explicarme cómo iba a tener mil enredos de la nada.

¿Y quién me quitaba a mí la mala leche que se me quedaba después de los tirones?

Me maquillé lo justo. Era una estupidez tener que ir arreglada a un avión, yo lo sabía, pero nadie más iba a hacer lo lógico que era ir en ropa deportiva hasta llegar el hotel y podernos cambiar para el dichoso evento.

Estudié mis opciones de vestimenta y acabé por ponerme un pantalón de vestir negro con una

camisa azul marino y unos tacones del mismo color.

¿Tacones para andar por el aeropuerto enorme y ajetreado?

¡Claro que sí!

Como odiaba todo ese paripé que formaba parte de la sociedad en general y de mi trabajo en particular. En ocasiones, tendía a preguntarme qué hacía trabajando en “Modas Hunter” pues si bien mi trabajo era el de abogada, no dejaba de estar rodeada de gente cuyo aspecto era lo único que importaba. Agotador.

Hunter Rill era mi jefe, un treintañero con una autoridad exagerada; dinero como para comprar la puñetera ciudad; y un ego que no cabía en su gigantesca mansión.

¿Qué estaba bueno?

Nadie lo negaba, pero su carácter hostil disfrazado de sofisticación lo tornaba insufrible. Eso y todas las veces al día que exigía tanto de mí como para tener ganas de matarlo. Y es que ser la abogada de Modas Hunter significaba tener que revisarlo absolutamente todo: Desde una compraventa hasta el contrato de una modelo.

¿Se me valoraba por estar hasta sin dormir si era preciso?

No, claro que no.

Para Hunter, esa era la oportunidad de mi vida. Pero, algún día, iba a dejar de estar disponible y él se iba a dar cuenta de lo injusto que era conmigo cada día en el que no obtenía reconocimiento.

Suspiré en busca del maletín del ordenador y tras comprobar que mi apartamento, tímido y austero, se quedaba tan vacío como cuando había llegado me fui.

A veces, no estaba segura de para qué pagaba una hipoteca. En un día normal de trabajo me levantaba, me iba antes de la salida del sol y volvía después de que la luna se preguntase qué

cojones hacía todavía gente en la calle.

Si me ponía a pensarlo, cosa que intentaba evitar para no agobiarme, a mi casa solo iba de visita y mi verdadero hogar eran las malditas oficinas centrales.

Dejé el parking derrapando un poco. Era mentir si decía que era prudente al volante pero la culpa la tenía que para todo fuese extremadamente necesario conducir. Llevaba desde los dieciocho años conduciendo y, diez años después de mi primer volantazo, me sentía estúpidamente segura.

Sonaba “Como un lobo” en la radio cuando me hallaba ya esperando para entrar en el parking de la dichosa terminal de salidas y, cómo no, tuve que subir el volumen para gritar a viva voz por el camino. Lo que ya no pude prever era que, al mirar para mi derecha, mi jefe estuviera observándome con un rostro indescifrable.

Genial, acaba de tirar mi careta, perfectamente amoldada durante años en la empresa, por la ventana.

Saludé con un leve movimiento de cabeza mientras deseaba que me engullera la tierra. Por supuesto, tuvimos que aparcar uno al lado del otro.

¿Qué se suponía que debía decir al bajarme?

Hacer como si no hubiese pasado, esa era la clave.

-Buenos días. -dije a modo de saludo con el maletín ya al hombro.

-Buenos días, Aisha. -respondió con el mismo tono de siempre.

Perfecto, él también prefería obviar el momento fatídico. No volvería a emocionarme cantando tranquila en el coche.

Saludé al resto del equipo con la misma neutralidad. La única que me caía bien era Elaine, la fotógrafa principal; Quizá porque no se preocupaba en absoluto de gustarle al jefe cuando casi todas las mujeres lo intentaban.

Embarcamos tranquilos mientras yo observaba el panorama controlándome para no poner los ojos en blanco. Gemma y Ofra iban cotilleando, probablemente, por pura estadística de las muchas veces que las había oído hablar, sobre lo raro que era que el jefe siguiese soltero y el favor que ellas estaban dispuestas a hacerle consiguiendo que sentase cabeza; Barak y Mael discutían sobre un partido local en el que ambos habían hecho apuestas. Pietro, el publicista estrella, solo seguía entregado a su Tablet hasta que fuese el momento del despegue y le obligasen a ponerlo en modo avión frustrando la mitad de su divertimento.

Intenté colocar la pequeña maleta de cabina en la parte superior de los asientos, como había hecho en otros muchos viajes, pero algo debí hacer mal porque amenazó con caer sobre mi cabeza. Una mano la retuvo. Me giré para hallar a Hunter a mi lado. Hice una mueca que si se parecía a una sonrisa era pura casualidad para después dirigirme a mi asiento dejándome caer sin miramiento. Coloqué los casos en mis oídos pero, justo antes de enchufar la música, alguien tocó mi hombro.

Hunter.

- ¿Qué necesitas? -cuestioné convencida de que iba a ponerme trabajar en algún documento por el camino para mi desgracia.

Se acercó inusualmente inclinándose hacia delante dejando que aspirase su fragancia masculina tan reconocible, mezcla a jabón limpio y menta fresca.

-Si te dan ganas de cantar como en el coche, no dudes en gritar. -murmuró en mi oído consiguiendo que tragase saliva.

Sonrió al irse y tuve que preguntarme qué acaba de pasar.

Maldito Hunter.

CAPÍTULO 2

AISHA

La capital de la moda era un gran grano en el culo para mí. Las modelos de esa campaña en particular, la previa a la Navidad, eran odiosas hasta decir basta: Ponían las cláusulas más absurdas posibles; intentaban por todos los medios marearme para que tuviese que llamar al jefe y que acudiese a “salvarlas”; y para colmo las localizaciones llevaban mil papeles anexados para poder utilizarlos. Agotador.

Crucé por décima vez la galería para intentar que me firmasen el cierre de ambos lados para las fotografías cuando me percaté de lo serio que parecía Hunter hablando con Pietro, lo cual era raro. Su trabajo, desde mi punto de vista, era bien fácil: Todo el mundo amaba a Hunter.

“El soltero de oro” “El hombre sin conquistar” “La moda a los pies de Hunter” entre otros titulares que habían conseguido que rodase los ojos y me sintiese asqueada.

-Hay un problema con una de las modelos. -dijo entonces Elaine quitándome de mi objetivo momentáneo.

Chantal Bluen era una de las modelos más solicitadas de toda Europa y lo era porque movía con ella una cantidad de personas adeptas a lo que hacía. Eso sí, lo cobraba, vaya que sí.

Había participado con nosotros en más de una campaña y en todas ellas había conseguido lo mismo con sus pataletas. Hunter se la llevaba a cenar.

Me acerqué sin ganas reales de hacerlo, cogí su contrato, e intenté sonreír.

- ¿Qué es exactamente lo que no te gusta, Chantal? -interrogué procurando que no se notase la poca paciencia que tenía aunque prácticamente acabábamos de aterrizar ahí.

-No lo sé, creo que son las muchísimas horas que debo posar. -respondió infantil y quejicosa.

-Lo solucionaremos con Hunter. -atajé rápidamente.

Si íbamos a pasar por ese túnel, cuanto antes lo cruzásemos, antes estaría todo okey y podríamos volver a casa.

-Hunter. -Lo llamé para llegar hasta él. Me miró de una forma extraña, diferente a la indiferencia que mostraba siempre. ¿Qué mosca le habría picado? -Tienes que cenar con Chantal Bluen. -informé sin disimular que sabía que eso era lo que hacía cuando se presentaba un "problema" con ella.

-Te aseguro que eso no va a pasar. -soltó Pietro, quien siempre se mantenía al margen de todo lo que no fuese las redes y la publicidad de empresa.

- ¿Y se puede saber por qué, querido Pietro? -cuestioné con todo el retintín del que fui capaz.

Hunter negó con la cabeza lentamente y Pietro se fue de allí sin contestarme siquiera. Tío imbécil.

- ¿Otra alternativa? -interrogó Hunter clavando sus ojos azules en mí.

-No. -respondí convencida de que eso retrasaría demasiado nuestro cometido de tener firmados los papeles y permisos en tiempo récord para hacer la fotografías.

-Pues muy bien. -Resopló. Nunca le había visto resoplar por algo tan banal. -A las nueve Aisha, en esta dirección. -dijo sacando una tarjeta de su cartera.

¿Qué?

-Espera. -Lo alcancé del antebrazo. - ¿Se la doy a ella? -interrogué sintiéndome torpe cuando normalmente no era así.

-Infórmala, pero tú también tienes que estar Aisha. Es una cena de trabajo. -soltó sin que eso

tuviese ningún sentido para mí antes de desaparecer.

¿Por qué todo el mundo estaba endiabladamente raro?

Pasé la tarde sin parar de unos a otros consiguiendo que me firmasen papeles. Por suerte, solo quedaba Chantal y mi trabajo más duro habría finalizado. El resto de los días sería mirar y hacer, como mucho, alguna actualización.

En tres días estaríamos en casa, aunque eso solo me consolaba cuando estaba fuera de ella. Demasiado complicado para ponerme a analizarlo.

En el hotel, opté por preguntarle a Elaine sobre lo que había ocurrido pero se limitó a decirme que no sabía e irse a alguna parte a fotografiar; vaya forma de descansar del trabajo seguir haciéndolo, aunque de eso sabía yo un rato.

Llamé a Janet para preguntarle sobre mi vestimenta. No era que no supiera vestirme sola, pero tenía una sensación extraña sobre aquella cena en la que, según yo, no pintaba nada.

-A lo mejor quieren un trío. -comentó al otro lado de la línea, descojonada de la risa, mi mejor amiga.

Sí, por supuesto que tenía la teoría de lo que pasaba en esas cenas. Era el único propósito de esa modelo. ¿Por qué entonces aquella vez era diferente?

Me puse un vestido negro con unos tacones del mismo color. No era como si me fuese a poner a competir con la elegancia y saber vestir de una modelo que se dedicaba a eso; Era más bien una forma de no dar el cante allá donde íbamos que, por lo que había visto en internet, era un sitio bastante caro y de moda.

Llegué puntual, de hecho, creía que era la primera, pero Hunter me llamó desde dentro.

-Buenas noches. -dijo con la mandíbula tensa.

-Supongo. -respondí sin darme cuenta.

Él esbozó por un segundo una sonrisa.

-Ya estoy aquí. -exclamó Pietro apareciendo.

- ¿Tú también cenas con nosotros? -interrogué parpadeando varias veces.

-Tampoco a mí me hace gran ilusión. -contestó borde.

Chantal se bajó del coche que la traía con una pomposidad que ya esperaba. Había escogido un vestido plateado con transparencias que poco dejaba a la imaginación. Su pelo rubio platino caía en cascada de una forma que Rapunzel habría envidiado.

-Buenas noches. -saludó deteniéndose a mirarnos tanto a Pietro como a mí.

Genial, la princesa no sabía que tenían compañía.

-Gracias por acceder a cenar con nosotros para hablar de las condiciones de tu contrato. -Hunter le ofreció el brazo para entrar al restaurante.

Quizá fue imaginación mía pero tuve la sensación de ver a Pietro negar con la cabeza de forma casi imperceptible. Un segundo después, Hunter había soltado a Chantal.

Lo siguiente que pasó fue el cambiarse de lado entre ellos de modo que Hunter sacó mi silla con cortesía hacia fuera mientras Pietro hizo lo mismo con la de Chantal.

¿Qué se me estaba escapando?

-No pongas esa cara. -solicitó en un murmullo Hunter al tomar asiento a mi lado.

- ¿Qué cara? -pregunté en el mismo tono cómplice para que nadie nos oyera.

-Como si te molestase que me sentase a tu lado. -respondió tenso.

-Y quién dice que no es así. -sentencié antes de la llegada del camarero.

Dejé que mi jefe pidiera por mí porque, básicamente, estaba demasiado ocupada intentando

descifrar a qué venía todo eso. Chantal accedió a firmar el contrato a la hora de terminar tras una astuta decisión de Hunter de hacerle ver que, de otra forma, sería una pena que no volviesen a verse.

Astuto pero poco responsable emocionalmente hablando.

-Lo único es que mi chófer no puede venir a por mí. Yo… Pensaba que me llevarías tú, como otras veces. -aventuró Chantal ya colocándose el pelo de forma coqueta.

Esa no perdía oportunidad, si el nombre de mi jefe provenía de “cazador”, era la presa de esa lagarta.

-Yo te llevo. -saltó de pronto Pietro.

-Pero… -titubeó Chantal.

-Chantal, querida, yo necesito terminar de repasar unos contratos urgentes con Aisha. Te veré en el reportaje sin duda de todas formas. -aseguró Hunter.

¿De verdad teníamos cosas pendientes? Tuve ganas de escupirle a la cara que no era cierto, pero decidí ser prudente.

Vi irse a Pietro con la modelo pero, en cuanto estuvimos solos, no pude evitarlo.

-Eres un mentiroso patológico. -solté.

Para mi sorpresa Hunter, en lugar de enfadarse, se echó a reír abiertamente.

-Era necesario. -respondió al terminar.

- ¿Por qué? -cuestioné más interesada de lo que debía en el tema.

-Porque Pietro asegura que hay mucha gente que piensa que voy a tener una relación con ella. -dijo con una sinceridad que no esperaba recibir. - ¿Cómo has venido? -interrogó entonces mirando a cada lado de la calle.

-Oh, cogí un taxi. -respondí algo nerviosa.

Crucé los dedos para que no dijera de llevarme. Absurdamente no estaba preparada para ello.

-Te llevo.

CAPÍTULO 3

AISHA

Montarme en el coche de Hunter no era precisamente lo que había planeado así que, como no tenía nada que hablar con él, decidí sacar un tema que de forma estúpida relajara el ambiente y mi tensión: Ese coche no era suyo, estábamos fuera de casa.

- ¿En qué empresa lo has alquilado para estos días? Es muy bonito. -dije con el mejor tono del que fui capaz mientras acariciaba el salpicadero del coche.

-Es mío. -replicó esbozando una media sonrisa sin dejar de mirar la carretera.

Claro que sí, podía permitirse tener un vehículo de lujo aparcado en Milán para cuando le saliera de sus reales posaderas. Me llevé una mano mentalmente a la frente para golpearme.

- ¿Sabes que si piensan que podríais tener una relación es porque hay algún hilo del que tirar, verdad? -interrogué.

Si él estaba dispuesto a hacer de cualquier intento de conversación normal por mi parte un paréntesis incómodo, por lo menos diría exactamente lo que pensaba sobre el asunto. Sí, la copita de vino debía estar subiéndome más de lo recomendado hasta la cabeza.

-Todo el mundo tiene relaciones esporádicas que no implican necesariamente un compromiso. -respondió con esa tensión que hacía palpitar su mandíbula de nuevo presente. -Modas Hunter necesita que yo siga siendo querido por los medios, es parte de lo que somos. -añadió.

Eché la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que soltaba una carcajada. El sonido debió llamarle la atención porque desvió la mirada de la carretera unos cuantos segundos, casi sorprendido. Sí, sabía reírme, pero no era habitual que lo hiciese en su presencia. Que fuese un jefe tocapelotas no

ayudaba a que fuese posible.

-Todo el mundo te adora. De hecho, si volviese a elegir mi profesión, querría ser Pietro. Tiene el trabajo más fácil del mundo. -Chasqueé la lengua. -Que la gente te quiera… Es más fácil que respirar. -murmuré.

Casi era frustrante para mí de alguna forma. Yo tenía un trabajo arduo en el que todo el mundo quería discutirme cosas, casi podía decirse que era una profesional de los cabreos dialécticos antes de cualquier firma. Él solo tenía que ser él y obtener la amistad de todo el que quisiera por eso.

-No lo estás viendo con todo el potencial de lo que implica. -dijo negando con la cabeza.

- ¿Quieres darme pena, Hunter? Eso no va a pasar. -reté rodando los ojos hasta ponerlos en blanco.

Decidí ponerme a mirar por la ventanilla porque era consciente de no poder pasar unos límites; Por mucho que hubiéramos cenado juntos por una necesidad de estar acompañado ante Chantal que no entendía, seguía siendo mi jefe y la persona de la que dependía mi futuro. Por lo menos a corto plazo era así.

Paró el vehículo de pronto consiguiendo sorprenderme lo suficiente como para que girase mi cuello buscando su mirada. Él me observaba en silencio.

-Tú no lo entiendes. Tengo treinta años y la gente se pregunta constantemente por qué no estoy casado. ¿Estás casada tú? -cuestionó en un tono que no invitaba a contestar. -Sé que no. -añadió en una afirmación que me extrañó. ¿Era porque no llevaba anillo? -Nadie te lo reprocha. -Suspiró. -Mi trabajo vale cada vez menos porque no decido unir mi vida en un papel en el que no creo. -concluyó.

-No lo había visto así. -susurré mordiéndome el labio.

No había esperado ver a mi jefe de hielo, a Hunter el depredador, flaqueando con algo que implicase convenciones sentimentales.

Llegamos en el más absoluto de los silencios hasta el hotel y no mejoró cuando me bajé. Ante su inclinación de cabeza como única despedida entendí que de alguna manera se arrepentía de haber hablado en esos términos conmigo por lo que le medio sonreí para consolarle. No era como si fuese a hablar de eso con nadie; Quizá con Janet, pero eso no le afectaba.

Aquella noche, como si de un sueño en el que no estaba segura de si tener miedo o placer, el cuerpo de Hunter estaba sobre el mío de una forma sensual que me hacía no poder rechazarlo.

El despertador sonó sacándome de un momento íntimo que consiguió que mis mejillas estuviesen encendidas. Siempre había visto en Hunter un tío bueno, porque era así, pero plantearme siquiera derribar un muro y que hubiese algo de sensibilidad en él… Lo volvió irresistible.

Negué con la cabeza sabiendo que esos pensamientos no me llevarían a nada bueno para coger mi careta profesional y utilizarla como escudo. Sí, yo también era una mujer sin sentimientos en mi trabajo así que esos dos días que quedaban iban a ser pan comido.

¿Qué después tenía que volver a mi piso y preguntarme por qué ahí tampoco encontraba la felicidad? Sí, pero eso era problema de la Aisha del futuro.

Alguien tocó a la puerta mientras buscaba el dichoso móvil que tenía que haberse caído por alguna parte en aquella dichosa habitación. Ante mi tardanza, quien fuese, decidió aporrear con urgencia consiguiendo sobresaltarme.

-Voy. -grité extrañada cuando por fin cogí el endiablado aparato tecnológico del suelo debajo de la cama.

Abrí para encontrarme a Pietro descompuesto y a Hunter con cara de pocos amigos.

-Cierra. -exigió Pietro después de dejarles pasar a ambos.

- ¿Qué pasa? -interrogué mirando a un lado y al otro del posible como se hacía en cualquier película, antes de cerrar la puerta de la habitación del hotel.

-Tenemos un problema. -comenzó a decir nervioso Pietro. Era una persona perfeccionista y se tomaba enserio su trabajo, pero eso no justificaba que, ante lo que pasase, fuese lo que fuese, le estuviese provocando ese temblor involuntario en la mano. -Y la solución… Bueno, yo solo he dicho que era lo que se esperaba pero yo no entiendo como tú puedes estar implicada. -Hizo una pausa de la verborrea que salía de su boca sin que eso arrojase en mí sentido alguno. -Que pensándolo bien, no es mala idea. Tú eres abogada; Es creíble que no hubiera salido a la luz; Eres responsable; No te gustan los focos… -enumeró.

- ¿Por qué estamos haciendo una lista de mis cualidades? Que digo… Gracias, sube la moral a cualquiera pero… -Hice una pausa. - ¿Una mala noche? ¿Os habéis drogado? -inquirí con una mueca de desconcierto.

-Pietro, ya se lo explico yo. -aseguró Hunter dando un paso al frente. -Él solo quiere que sepas que él no te ha propuesto. -añadió sin esclarecer nada.

Pietro asintió varias veces y se fue del cuarto tan rápido y enigmático como había entrado. Alguien debía hacerle una taza de tila a ese muchacho para que superase el ataque de nervios. Aunque solía ser muy profesional e incluso impasible… ¿Qué le podía llevar a acabar así?

- ¿Cierra la empresa? ¿Nos echan del desfile de Milán? ¿Se ha muerto alguien de tu familia y nos atañe directamente a los trabajadores? -interrogué ante su silencio.

Que no contestase de inmediato subió mi pulso un poco.

-Resulta, Aisha, que necesito anunciar un compromiso. -anunció consiguiendo un asombro en mi gesto. -Así que tú y yo nos vamos a casar. -añadió dejándome boquiabierta.

Parpadeé hasta tres veces mientras intentaba que el aire llegase a mis pulmones de nuevo. Incluso abrí y cerré la boca como si no fuese capaz de encontrar las palabras correctas.

- ¿Estás loco? -grité aunque seguramente de todas mis opciones no había elegido la correcta. -Creo que has bebido o tomado demasiado y esta conversación no debería estar teniendo lugar así que, te voy a pedir por favor, que te vayas y nos veamos directamente en la sesión de hoy. -dije procurando guardar algo de profesionalidad pese al grito.

Estaría loco, borracho, o lo que fuese, pero seguía siendo mi jefe.

-Mira, no me hace gracia decirte esto, pero es lo que hay. -rebatió tocándose con dos dedos el puente de la nariz como si necesitase aliviar tensión. -Chantal Bluen no está contenta con lo que ha pasado. Me envió varios mensajes anoche y no los contesté. -explicó. -Sé que va a intentar forzar en público que la gente piense de mí que soy un cazador sentimental sin escrúpulos.

- ¿Y no lo eres? -cuestioné para después taparme la boca al darme cuenta de haberlo dicho en alto.

-Ese no es el tema. -dijo rechinando los dientes en cada palabra. -El tema es que eso se ataja con una relación formal y, mira tú por donde, esa relación formal, es contigo. -afirmó sonriendo de forma maliciosa en la última palabra.

-No va a pasar. -aseguré poniéndome seria.

-Claro que va a pasar Aisha. -replicó.

CAPÍTULO 4

AISHA

Después de muchos minutos mirándonos sin decir nada, Hunter no había decidido romper aquel incómodo silencio para decirme que se trataba de una broma macabra por lo que comencé a tomarlo enserio.

- ¿Me lo estás diciendo de verdad? ¿Cómo vamos a casarnos? -Hice una pausa mientras mis pulsaciones subían por segundos. - ¿Y por qué crees que te diría que sí a algo así? -interrogué incrédula.

-No estás casada. -contestó encogiéndose de hombros desenfadado.

- ¿Qué no estoy casada? -pregunté al mismo que en mi interior bullía el cabreo como una marea. - ¿Y eso te hace suponer que no tengo nada que decir a una propuesta de casarme contigo? ¿Y exactamente para qué? ¿Para qué tu reputación permanezca intacta? -Ninguna de mis preguntas fue contestada. -Además, que no esté casada no implica necesariamente que no tenga un novio o amante que se pueda sentir molesto con esa decisión. -sentencié.

-Si lo tienes o no, me da igual. Mientras sea discreto… -dejó las palabras en el aire mientras profundizaba su mirada sobre mí. -Vamos Aisha, los dos sabemos que vives para trabajar, qué novio ni qué amante. -añadió frustrado.

Hice lo único que tenía lógico hacer en aquel momento. Le tiré a la cabeza una libreta de esas de hotel donde podías apuntar cosas. La esquivó con elegancia pero no por ello menos sorprendido con lo que acababa de hacer.

-Estás siendo irracional. -afirmé cruzándome de brazos.

-Dijo la mujer que me tira objetos a la cabeza. -replicó burlón.

-No te rías Hunter. -ordené con el jarrón en la mano dispuesta a cometer un verdadero delito.

-Aisha, es cuestión de negocios. Si dejas de comportarte como una loca, es posible que podamos llegar a alguna clase de acuerdo beneficioso para los dos. -aseguró.

Bajé el jarrón con flores hasta su sitio antes de pasearme a paso lento por la estancia en un intento, no muy productivo, de calmarme.

- ¿Por qué yo? -inquirí.

- ¿Qué quieres a cambio de un matrimonio conmigo? -interrogó.

- ¿Por qué yo? No voy a preguntártelo más veces. -sentencié dispuesta a irme de aquella habitación y de su maldita empresa si era necesario.

-Eres inteligente; tienes una buena profesión; nunca se te ha visto en actitud cariñosa con nadie, incluyendo a gente del mismo nivel económico que yo; sabes relacionarte; y no creo que tengas ningún interés real en mí. -recitó como si hubiera tenido, en realidad, mucho tiempo para pensar en ello.

Me mordí el labio sin saber bien si me encontraba halagada o completamente histérica con su pensamiento sobre mí.

- ¿Has pensado alguna vez en casarte, además de esta vez? -Se quedó callado. -Digo conmigo. -aclaré.

-Sí. -respondió con sinceridad. -Es una buena oportunidad para ambos. Y no será un matrimonio eterno. -explicó.

- ¿Has tenido ocasión de pensar en las cláusulas entonces? -cuestioné metiéndome en mi papel profesional aunque hablábamos de una maldita posible boda.

-Plantea tus condiciones. -sugirió.

-Esto no va así, Hunter. Tú dime qué es lo que pretendes y yo te diré qué me vas a dar a cambio. -afirmé procurando creerme que en aquella locura yo tenía algo de poder.

-Está bien… -aceptó a regañadientes. -Necesito que salgamos a la luz como una pareja que lleva algo de tiempo. -empezó.

-Pero que no coincida con ninguna de tus… relaciones esporádicas. Una mala prueba puede dañar tu reputación. Es decir… Lo haces por quedar bien pero si parece que me has sido infiel, consigues lo contrario. ¿Serás capaz de recordar la fecha de tu último affaire? -inquirí con retintín.

-Mira, ya parecemos un matrimonio de verdad… Me sacas de quicio. -exclamó bufando.

-Genial, saldrá bien. -ironicé.

-Decía, antes de tu importante y necesario comentario sobre tu opinión respecto a mi vida sentimental, que lo sacamos ahora porque queríamos estar seguros de hacia dónde iba. No estaría demás que eres suficiente importante como para que los rumores sobre algo con Chantal Bluen me hagan querer presentarte a sociedad. -Hizo una pausa. Realmente había pensado muchísimo en ello. -En cuanto a la fecha… Mayo estaría bien, ni frío ni calor y tiempo para prepararlo. -prosiguió. -Es cuestión de hacer vida creíble hasta el verano y pasado un año, nadie se acordará de esto. Podemos seguir casados sobre el papel quizá otro par de años; Después decir que nuestros caminos se separan amigablemente. -concluyó.

-Mmm -dije pensativa. -A grandes rasgos, está pensado. Me faltan sin embargo todos los detalles. -añadí. -Como abogada que está acostumbrada a sacar, para ti precisamente, los contratos más beneficiosos me parece una fantasía vaga e imprudente.

-Aisha… -Su voz sonó a amenaza pero, a esas alturas, ni siquiera me importaba tanto. -No lo hagas complicado, es sencillo: Quiero una esposa, pide dinero. Todos ganamos.

-Tu percepción sobre mí es insultante a cada instante que pasa. No lo haré. Búscate otra opción. -decliné.

- ¿Qué es exactamente lo que no te convence? No creo que salgas perdiendo en esto precisamente tú.

-Tampoco gano. -aseguré. -No me gusta el concepto que estás volcando sobre mí al respecto. -Hice una pausa. Necesitaba pensar. No era tan sencillo y, aunque no estaba plenamente de acuerdo con lo que se planteaba, a lo mejor era la oportunidad para llevar a cabo mis propias metas profesionales aún más alto. -Pero acepto. -Me miró totalmente comprendido. -Siempre y cuando nuestro matrimonio sirva para que me conozcan mejor en los círculos sociales más altos.

-No parece que eso sea complicado… -dijo dejando las palabras en el aire como si supiese que había más.

-Para después aceptar despedirme sin penalización de "Modas Hunter" ante un contrato que yo decida que es bueno para mi carrera. -añadí.

-Vamos, que el precio es que mi empresa pierda a la mejor abogada que tiene. -reflexionó de mala gana.

-Es lo que hay. No se puede tener todo. -Suspiré. -Además, tú has dicho que lo haga sencillo, y eso hago. -aclaré.

-Está bien. Tampoco es que tenga otra opción. -Volvió a hacer ese gesto de aliviar tensión con dos dedos sobre su nariz. -Pero redacta el acuerdo para que lo firmemos. No hace falta que te diga que tiene que haber cláusulas de confidencialidad absoluta para que nunca se pueda saber lo que de verdad significa este matrimonio.

-Añadiré un apéndice con todo lo que te comprometes a hacer para que consiga mejores contactos y esas cosas. -maticé.

-Añade también que tú te comprometes a hacer todo lo que sea necesario para que mi imagen sea la de siempre, o mejor todavía. -recalcó.

Lo vi irse incapaz de comprender cómo se había complicado mi vida en un momento.

Ya sola en la habitación me planteé llamarle para decirle que era una locura y que me había dejado llevar por la conversación pero que, pensándolo fríamente, no tenía ningún sentido.

Medité llamar a Janet para contárselo pero acabé por no hacerlo. De hecho, solo pensarlo me sirvió para tomar una decisión. Cogí el teléfono para enviarle un mensaje a Hunter.

“No le digas a nadie lo de este plan, ni siquiera a tu familia o personas más cercanas. Y revisa tu email, te voy a pasar el contrato de confidencialidad de Pietro, que aunque de momento esté de tu parte porque es tu publicista… Le puede salir bien contárselo a la competencia.”

Sí, iba a casarme con Hunter Rill.

CAPÍTULO 5

AISHA

La sesión de fotografía con las modelos fue agotadora y no paré de resoplar. No era común en mí pero estaba todo el tiempo mirando desde la distancia a Chantal.

Nunca había sido santo de mi devoción pero que fuese suficiente pesada y mala como para obligar a mi jefe a tener que casarse no me hizo verla precisamente con mejores ojos.

-Aisha. -Pietro me sobresaltó colocándose detrás de mí. -En cuanto termine la sesión tenemos que ir al hotel. -Asentí levemente intuyendo que era por nuestro pequeño tema. -Elaine también viene. -añadió.

- ¿Y eso por qué? -pregunté girándome hacia él ya movida por la curiosidad.

-Porque vamos a hacer las fotografías del anuncio del compromiso y la necesitamos. -comunicó. -No creo que haga falta decirte que no puede saber que no es real… Sé que tú has redactado mi contrato de confidencialidad. -murmuró como si fuese algo que le hubiese molestado.

-Pues pone claramente que no puedes tampoco mencionar ese papel en alto. Sé cuidadoso. Yo sé perfectamente lo que tengo que hacer. -respondí girando sobre mis propios talones para irme.

No era común que me acercase a Hunter durante una sesión pero lo hice. Si iba a salir una noticia como que llevábamos mucho tiempo juntos, no veía qué mal iba a hacer que la gente se extrañase por mi acercamiento.

-Vamos en el mismo coche hacia el hotel. -dije en cuanto llegué hasta él.

Hunter se giró sorprendido pero empezó a andar hacia su coche. Nos montamos en silencio y nos bajamos en silencio por lo que no pude darle toda la explicación sobre cómo había desarrollado

que ya daba igual si hacíamos cosas extrañas sobre lo que la gente pudiera hablar.

Pietro llegó con Elaine a la habitación para decirle lo del compromiso en cuanto estuvimos los cuatro dentro. Me miró dos o tres veces como si tuviese que hacerse la idea de que lo que le estábamos contando era cierto.

Vi reflejado claramente en su rostro que no se creía del todo esa relación que supuestamente estaba consolidándose después de un tiempo saliendo pero, de forma prudente, eligió callarse.

Esa era la parte más complicada: Las personas que nos conocían a ambos.

Solo entonces me percaté de lo difícil que iba a ser explicárselo a mi familia. Por suerte para todos, era creíble que, de encontrar el amor, sería en el trabajo, pues se quejaban constantemente de esos cuando les veía.

- ¿Entonces hacemos un reportaje comunicativo? Necesitamos ropa, decoración… Será lento de preparar. -anunció Elaine.

-Tiene que ser ya. -rebatió Pietro.

- ¿Estás embarazada? -soltó Elaine mirando de refilón mi tripa donde no se podía ver nada porque no era así.

Negué con la cabeza.

-Hay unos rumores, por supuesto falsos, sobre una posible relación mía con Chantal. -comenzó a decir de forma encantadora mi jefe. -Es por eso que, como Aisha es tan importante para mí, hemos decidido que es un buen momento para dar ese paso.

-Claro. -dijo Elaine poniéndose en su faceta más profesional. -Me pongo con ello. Saldrá hoy. La temática del anuncio puede ser algo navideño, dadas las fechas tendrá más repercusión. -Hizo una pausa pasándose por la barbilla la mano. -Porque… ¿Queremos esa repercusión? -inquirió.

-Hacer eco de esto es algo que podemos usar, por supuesto. Evidentemente es el amor lo que nos

lleva hasta este punto pero no por ello debemos desaprovechar el tirón mediático que puede tener. -afirmó tan convincente Hunter que casi olvido que no era cierto.

Qué facilidad de embaucar tenía, por eso había llegado tan lejos desde luego.

-Es un anuncio maravilloso para atraer nuevos patrocinadores. -aseguró. - ¿El anillo de pedida es de una marca en especial? ¿Debemos hacer fotografías especiales al respecto? -cuestionó.

Hunter y yo nos miramos.

Era lógico pero ninguno de los dos había tenido ocasión de pensarlo. Todo se estaba dando endiabladamente rápido.

-Es de una marca reconocida y habrá foco sobre el anillo. Voy a por él de hecho ahora. -respondió Hunter desapareciendo inmediatamente de la habitación.

Entendía, porque llevaba muchos años en ese sórdido mundo, que si Hunter Rill llamaba a cualquier marca de joyas le darían el mejor anillo, el más exclusivo, para que lo sacase en su pedida. Eso no hacía, por otro lado, que sintiese un poco de frío algo que debía ser especial.

Era una pedida falsa, todo era falso, pero… ¿Se podía disfrutar de algo de todo aquello? No, en realidad no.

Esperar sin hacer nada no era mi fuerte por lo que me paseé constantemente por la estancia que, cada vez, estaba más llena de ropa, complementos y decoraciones que usaríamos para el pase fotográfico.

Cuando ya pensaba que me iba a subir por una pared de tanto esperar, apareció Hunter caminando directamente hacia mí. Puso en mi mano una caja de terciopelo.

¿Ni siquiera podía ponérmelo en el dedo para hacer el paripé?

Me acerqué mucho a él, tanto que le vi sorprenderse. Pasé mi mano por detrás de su cuello y me incliné de puntillas hasta poner mi boca prácticamente en su oído. Procuré sonreír idiotamente

mientras empezaba a susurrar por si alguien lo veía desde fuera.

-Tienes que ser tan encantador como eres con los demás conmigo. Se supone que eres un hombre enamorado, recuérdalo.

Hunter reaccionó como si se despertase por fin pero eso, lejos de agradarme, me puso de mal humor.

Ponerme el anillo en el dedo; moverse a mi alrededor; abrazarme para las fotos; posar como un modelo. Todo era natural para él.

-Están bien. -dijo Elaine con el morro un poco torcido.

- ¿Qué pasa? -inquirió Hunter mientras yo, tras el biombo, volvía a ponerme mi ropa original.

-Le falta algo a estas fotos. -murmuró ella. Yo, por supuesto, puse oreja como si pudiese mimetizarme con el papel del biombo para escuchar mejor.

- ¿El qué? -preguntó con mal tono Hunter.

Si esa decía que era fea para las fotos o que los vestidos que los estilistas habían escogidos con tan poco tiempo no se lucían correctamente, iba a salir de detrás de mi escondite para mandarla a freír espárragos.

-Magia. -respondió.

No vi la mueca que seguramente hizo pero me sentí peor que si hubiese dicho que era fea.

¿Les faltaba magia a las fotos?

¡Claro que sí!

Porque nosotros no nos queríamos ni nada de eso que querían que las fotos mostrasen.

Bufé como un búfalo.

Salí de detrás haciendo ruido como un elefante en una cacharrería al tropezarme con un atril de ropa y ambos me miraron.

- ¿Son publicables? -interrogué sin dar rodeos.

Hunter no era idiota y sabía que había oído todo. Pero la magia no era algo que pudiéramos aparentar.

-Claro que sí, pondremos detalles por alrededor que harán la magia. -contestó Elaine ya más entusiasta. -Supongo que tanto tiempo aparentando que ni os conocéis más allá de la empresa, tiene eso… Que estáis acostumbrados a ser más fríos de lo que en realidad sentís por dentro. -afirmó con una risita nerviosa.

Si pretendía que le respondiéramos algo coherente y explicativo, iba lista la tía. Esa quería sacar información pero era tan inverosímil la verdad que seguramente ni escupiéndosela en la cara lo creería.

Recogí mis cosas con cuidado para irme cuando una mano aterrizó en mi hombro. Con el calor de sus dedos supe que era Hunter y me quedé paralizada. Era lógico que dadas las circunstancias no podía pegarle un manotazo en la mano y decirle que su absurda idea me estaba haciendo sentir mal porque me recordaba que esa “magia” de la que había hablado Elaine no solo no la tenía con él sino que me impedía tenerla con nadie durante ese tiempo.

-Le he pasado nuestra historia a la prensa pulida por Pietro. Mañana saldrá en todos los medios. -informó bajito.

-Pues, con permiso, querido, me tengo que ir a mi habitación. -contesté.

No estaba preparada para asumir todo lo que iba a pasar y, además, no había informado a mi familia. Genial.

Y encima teníamos que volver a nuestro país para enfrentarnos a ello. Maravilloso.

Estúpidamente maravilloso.

Decidí tomar otra decisión nefasta: Abrí un chat familiar nuevo llamándolo “noticia” y programé un mensaje para primera hora de la mañana.

“Querida familia.

Me voy a casar con Hunter Rill. Nos hemos prometido después de un tiempo saliendo en el que no os he dicho nada porque al ser una persona de sociedad era importante ser discretos. Espero que os alegréis de la noticia. Y sí, lo conoceréis en su debido momento. No contestéis a la prensa a nada, por muy insignificante que parezca la pregunta. Os quiero”.

No era el método más tradicional de decir algo así, pero yo no era nada normal. Como si el universo me reprochara lo que acababa de hacer, mi dedo meñique fue a parar con la pata de hierro de la cama.

Dolor. Mucho dolor.

¿Por qué a mí?

¿Y si todo salía mal? ¿Cómo iban a acabar las cosas para mí? ¿Y si en lugar de ganar posición para hacer famosa lo buena que era en mi profesión acababa por estar bien desprestigiada?

CAPÍTULO 6

AISHA

Dormir había sido una pesadilla. Levantarme a beber agua; acostarme; encontrar la postura; tener que ir al baño; y vuelta a empezar.

Más terrorífico fue, sin embargo, despertar.

El móvil se caía de tanto timbrar por los mensajes que entraban desde todas partes. Tenía incluso notificaciones de redes sociales que no utilizaba nada más que para temas profesionales de antiguos compañeros de carrera que querían saber qué tan cierto era que me iba a casar con Hunter e incluso retomar nuestra supuesta amistad. Los buitres eran así, descendían cuando les convenían. Lástima para ellos que yo me hubiese vuelto tan quisquillosa con quien me relacionaba: Mi familia y poco más.

Tuve que devolverle la llamada, mínimo, a mi madre y, cómo no, me gritó que si me había vuelto loca.

- ¿Y pensabas mencionarme que tenías un novio suficientemente serio como para que existiese la posibilidad de que te pidiese matrimonio? -reprochó.

Tenía toda la razón, pero me jugaba mucho y aquella aventura acababa de empezar por lo que era necesario que mi madre, de las primeras, se creyese la historia.

-Siempre estoy trabajando y yo, bueno, nosotros, queríamos tener la ocasión de ir a casa con la familia para anunciarlo en persona. Al final le pudo más la emoción que los tiempos. -argumenté soltando una risita telefónica que, en realidad, era por puros nervios.

Mentirle a mi madre no era algo de lo que fuese a sentirme orgullosa.

-Pues Aisha, no sé qué decir. Todos hemos pensado lo mismo… Ya no nos da buena espina que la presentación sea así. -sentenció.

Lo único bueno era que tampoco tenía que parecerle el yerno perfecto a mi madre.

-Bueno, lo siento. Iremos en cuanto podamos. -aseguré sabiendo que, en algún momento, antes de la boda, tendría que ser así.

-Te sigo esperando para cenar en Navidad. -informó. -Con o sin el susodicho. -añadió.

Los golpecitos en la puerta de la habitación no me gustaban para nada. No me habían traído nada bueno desde la llegada a Milán. Hunter entró vestido impecable de traje, como siempre.

-Te diría buenos días, pero no están siendo buenos. -dije a modo de saludo.

-Qué ganas de casarme contigo para soportar tu humor todos los días. -replicó de mala gana.

Le intenté cerrar la puerta en las narices pero lo evitó con la puntera del pie.

- ¿Te llamaron ya? -pregunté procurando tranquilizarme mientras me metía al baño dejando la puerta entreabierta para escuchar las tonterías que hubiera ido a decirme bien temprano.

-La pregunta correcta sería quién no me ha llamado. He tenido que silenciar el teléfono. -respondió

-Salimos en todas las noticias y viajamos hoy mismo para casa. Resulta que el revuelo puede ir en muchas direcciones y cuanto más cerca estemos más fácil va a ser dar el punto exacto que queramos al respecto. -señaló.

Yo dejé caer el agua rápida por mi piel mientras el jabón dejaba toda su esencia en mi cuerpo. Era raro ducharme con mi jefe a unos pocos metros. Tampoco entendía la necesidad de estar ahí esperándome en lugar de ir a su maldita habitación.

-Ya que estás ahí, mete lo poco que queda en la maleta, como sea, ya lo ordeno yo cuando llegue a mi casa. -ordené con dos propósitos: Que estuviera entretenido de forma que no me buscase las

cosquillas; Y acelerar.

Salí tras vestirme deprisa frente al espejo con un pantalón azul marino y una camisa blanca para encontrarme a Hunter parado con las manos en los bolsillos. Hice un gesto con la mano que quiso decir que no entendía por qué no se había puesto en lo que le había pedido.

-Yo no soy tu empleado, soy tu jefe. -recalcó enarcando una ceja.

-Y yo no soy tu empleada, soy tu futura esposa. -rebatí girándome para enfrentarlo de cara. Eso pareció sorprenderle porque dejó una media sonrisa dibujada en su rostro. -Estaría bien que entendieses, si no es mucho pedir, que no me voy a pasar el tiempo de nuestro contrato matrimonial haciéndote de trabajadora perfecta en el tiempo que no sea estrictamente profesional de verdad, es decir, los momentos en los que esté en la empresa o de abogada, perfecto, pero el resto... -dejé las palabras en el aire.

No dijo nada pero cogió mi maleta del asa cuando acabé de llenarla. Empecé a seguir sus pasos intentando llevar la cabeza bien alta para que ni él fuese conocedor de las miles de dudas que me asaltaban.

Nada podía haberme preparado para la cantidad de prensa que estaba esperándonos y los muchos periodistas buscaban una mínima declaración de nuestra parte.

¿Por qué me sorprendía tanto si yo misma les había advertido a mis familiares por el chat de la posibilidad de que eso pasara?

-No te pares cariño. -solicitó Hunter colocando la palma de su mano en mi baja espalda mientras

seguridad nos habría hueco.

Conseguimos llegar al coche, del cual el mismo se puso al volante, y esperé hasta que estuve convencida de que ninguna cámara tenía alcance, además de por los cristales tintados, por distancia. Ahí fue que le golpeé en el hombro, frustrada.
-Tú ya habías visto la cantidad de prensa, y te callaste. Claro, el señor perfecto en traje impecable y yo poco más de informal y no me dejan pasar. ¿Es que no te das cuenta? -interrogué cabreada.
Volvió a carcajearse.

¿Por qué de pronto parecía normal que ese imponente hombre que era mi jefe se riera en mi presencia?
-Se trataba de parecer normal, despreocupada de lo que piensen, profesional. Eso dijo Pietro que pareces siempre y estuve de acuerdo. -respondió.
Dejé pasar un rato en completo silencio mientras pensaba procurando no soltar un grito histérica. Una vez metida en ese lío, tenía que salir bien. Era el salto al futuro que tanto había trabajado. "Por la vía incorrecta" gritaba mi ética desde alguna parte.
-No hables con Pietro de mí y no toméis decisiones sin consultarme. -dije seria.

Me miró de reojo, como si me estudiase.
Estúpidamente yo me pregunté cómo me veía él desde la distancia. Quizá se preguntaba si había hecho una buena elección o a lo mejor si era creíble que yo estuviera con alguien como él.
-No es cuestión de ocultarte nada, solo queríamos una reacción natural. -aseguró. -Odias sentirte engañada. -soltó de pronto.

Le miré sin entender por qué decía eso, aunque era verdad me parecía un poco pronto para que lo

dijese tan contundente.

-Tú no puedes saber eso. -recalqué enfadada por dejarme ver por dentro de esa manera.

-Bueno. -respondió dejándome saber que tenía una opinión al respecto que no me iba a dejar ver.
- ¿Tienes que coger muchas cosas de tu casa? -preguntó consiguiendo que me diera un ataque de tos.

- ¿Para qué? -inquirí intentando conservar la calma.

-Evidentemente, tenemos que vivir juntos ahora que nos van a mirar de cerca. -No dije nada. -No veo qué puede preocuparte de eso dado que siempre estás en la oficina. -añadió.

Siempre esa estocada de ataque cuando no debía era una vorágine que me llevaba a pensar que no me convenía estar cerca de él. Y eso que nos íbamos a casar.

Mala idea.

-A lo mejor me gusta descansar en una casa donde no tenga que ver a mi jefe constantemente. -aseguré cruzándome de brazos.

El silencio entre nosotros se produjo durante horas a excepción de pequeñas interjecciones durante el camino cuando paramos a repostar y las muecas cuando ponía el aire frío o el caliente.

Acabamos por coger un avión desde una ciudad pequeña para desde el aeropuerto montarnos en otro de sus coches. Fue ahí donde me puse más nerviosa, pues hizo un gesto en la pantalla táctil para que yo introdujese la dirección de mi casa.

-Así que vives aquí. -señaló tranquilo observando todo a mi alrededor.

-Voy a recoger unas cosas, tampoco tardaré. -respondí.

A cada paso que daba, él me seguía. Yo me giré varias veces intentando que entendiese que quería entrar sola, pero claro, Hunter no podía simplemente entender las cosas porque estaba

acostumbrado a que todo se hiciese a su voluntad; Se creía algo parecido a un Dios.

Abrí rápido la puerta del apartamento. Si iba a estar ahí, mejor que fuese como una depilación con cera y bandas: Rápido y preciso. Entré para ir directa al armario de mitad del pasillo, recoger la maleta un poco más grande y empezar a meter las cosas básicas.

Si hubiese dicho en algún momento que tendría que irme a vivir con él, quizá… Bueno, no. Tampoco era como si hubiese podido pedirle a alguien que recogiese mis cosas y las enviase. A mi familia por descontado que no ya que ni siquiera les iba a visitar hacia tiempo y ellos se negaban a bajar a la gran ciudad. Y a Janet… Dada la situación ignoraría todas mis peticiones para llenar mi equipaje de trajes sexys al pensar en que ese hombre y yo íbamos a estar bajo el mismo techo.

Llegué a encender el ordenador de mesa para pasar alguna información extra al disco duro y fue entonces cuando me fijé en cómo miraba todo Hunter.

- ¿Estás haciendo una inspección de mi apartamento? -pregunté atacando.

Una buena defensa a veces era empezar con un ataque.

-Lo que esperaba. -respondió.

Y eso fue un pistoletazo de salida porque, cómo no, me sentí ofendida.

- ¿Qué quieres decir? Además, no sé qué tienes tú que esperar o no de mi apartamento. Yo no he pensado en tu maldita casa jamás. -mentí.

-Lo que esperaba de la idea que me he hecho mientras subíamos en el ascensor. -Dio dos zancadas hacia mí acortando la distancia que nos separaba. -No te creas tan importante. -señaló. Se separó de nuevo para abrir las manos como si ese gesto cogiese todo lo que se veía. -Es un apartamento vacío, impersonal. Si me dijeran que es una maqueta, me lo creería. -argumentó.

Sí, genial. Yo ya era consciente de eso.

-Para que fuese de exposición, tendría que haber galletas en el horno. -repliqué sabiendo que era lo único que podía decir al respecto.

Hizo el amago de sonreír pero lo quitó de golpe. Yo terminé de pasar la información; me hice una coleta; y nos fuimos.

CAPÍTULO 7

AISHA

La casa de Hunter era una pasada, cómo no. Tan impersonal como la mía pero diez veces más grande.

¿Era necesario tener una piscina de ese tamaño en casa?

El jefe decidió que no merecía la pena hacerme un tour por semejante estructura. Solo señaló que la habitación de la primera planta, al fondo, era su cuarto. Y que él se pasaba casi todo el rato en la biblioteca. También tuvo a bien decirme que me paseara e hiciera lo que quisiera, tanto como si fuese de verdad su esposa y esa mi casa. Qué idiota.

Deambulé hasta dar con una sala de cine cuyo sofá invitaba a sentarse. Me dejé caer ahí con el portátil, que no había soltado en ningún momento, dispuesta a sumergirme en mis propios asuntos.

-Si necesitas algo. -empezó a decir alguien a mi espalda consiguiendo que pegase un bote llevándome una mano al pecho. Me giré viendo a una mujer de mediana edad, uniformada y con una bandeja con café, estudiarme en la distancia con una sonrisa escondida.

-Normal que te partas el culo, he tenido que hacer el ridículo de una manera espantosa. -solté dejándome de formalidades. -Claro, que por lo menos no lo ha visto el sieso. -añadí.

La mujer se rio aunque intentaba contenerse.

-Mi nombre es Miriam y soy una de las tres personas que puede encontrar veinticuatro horas en esta casa. -señaló con una leve inclinación.

- ¿Tres? -inquirí poniendo los ojos en blanco. - ¿Hunter no puede freírse un huevo solo?

-Puedo pero no lo hago. -respondió el aludido llegando desde alguna parte. Rodé aún más los ojos y la pobre Miriam se puso colorada. -Me insultas con una facilidad pasmosa. -afirmó.

-Oh, es muy común en los matrimonios por lo que dicen. -Mi justificación era válida, por lo menos desde mis ojos.

¿Qué sabrían los trabajadores de esa casa sobre la situación? Yo, que si me consideraba una trabajadora normal, si estuviese en su situación, fliparía de saber que un cazador como él de repente tiene una prometida. Sonaría incluso falso.

-Déjanos solos. -dijo tranquilo mi jefe.

A Miriam le faltó tiempo para poner pies en polvorosa.

-Has espantado a la pobre mujer. -aseguré. - ¿Para qué necesitas tres personas en una casa? -cuestioné queriendo evitar su penetrante mirada.

Los ojos de Hunter eran azules, tan intensos como podía ser el fondo del océano. Y lo cierto era que si bien lo sabía desde siempre porque era imposible no fijarse en ellos, desde que habíamos empezado esta aventura, había tenido ocasión de ver los detalles. Peligrosamente encantador.

-Miriam, Fiona y Leo están siempre en esta casa. Si necesitas algo, se lo dices. -Hizo una pausa. -Como bien sabes, yo aquí paso muy poco tiempo, no creo que los esclavice. -añadió en un tono que detonaba que estaba molesto.

- ¿Te he tocado la fibra sensible? -pregunté sin poder evitar reírme. -Te lo dije una vez en el coche, pero ahora, como tu prometida, y persona que va a vivir contigo, te lo repito: No vas a conseguir darme pena, Hunter. -afirmé.

-Ni yo pretendo dártela. -Suspiró. Nos vemos por la mañana. -Se encaminó hacia alguna parte. -Y, Aisha. -Le miré solo con el cuello un poco inclinado hacia atrás dejando ver medio rostro ladeado. -Sé freír un huevo. -concluyó antes de desaparecer.

Tuve que carcajearme.

Hunter era un tipo peculiar, de eso no me cabía duda.

El olor a café inundó mis fosas nasales con facilidad consiguiendo que mi despertar fuese agradable. Me di cuenta al instante de haberme quedado dormida en ese sofá tan cómodo; No era mi culpa, ese material te atrapaba y era más confortable que mi propia cama. Al incorporarme, se cayó una fina manta al suelo. Imaginé a la pobre Miriam echándomela por encima en algún momento de la madrugada y sonreí culpablemente.

Anduve por la casa hasta la cocina, enorme y localizada en mi cabeza. Ahí estaba un hombre que no conocía, más o menos de la edad de Hunter, sirviendo dos tazas de café.

Si teníamos invitados mi peinado de “Estoy loca y no me he peinado” era ideal para presentaciones.

-Soy Aisha. -dije con torpeza.

¿Se había enredado mi lengua mientras dormía?

-Leo. -respondió con media sonrisa tendiendo hacia mí una taza de café.

-Trabajas aquí… -murmuré intentando poner en orden mis ideas.

-Parece que alguien se levanta algo aturullada. -concedió Miriam llegando desde alguna parte. -Él es Leo, también para lo que necesites. -Me quedé observándolos. -Sí, somos familia. -atajó.

La verdad que el parecido era notable.

-Y… -Pensé. -Fiona….

-Es también otra prima. Mira, por ahí viene. -dijo contenta.

También se parecía aunque sus rasgos eran algo más finos y la chica era bastante guapa.

-Así que tú te vas a casar con Hunter… -dejó las palabras en el aire mientras me observaba.

Uy, uy, uy.

Esa me miraba como una buena leona estudiando una gacela. Otra a la que le gustaba Hunter, genial. Me iba a envenenar el café. Cogí mi taza con dos manos para evitarlo, por lo menos esa mañana.

-Sí, fíjate que sí. -respondí extendiendo un poco la mano del anillo de pedida.

-Nunca te habíamos visto por aquí. -señaló.

-Porque teníamos una relación muy discreta. -repliqué.

-Fiona. -advirtió Leo tranquilo.

Pese a la fama de Hunter, dudaba que se hubiera acostado con una persona que trabajaba para él en casa.

¿Tendría esa gente acuerdos de confidencialidad? Seguro que sí.

- ¿Le preparo el desayuno? -cuestionó hacia su prima la nueva pieza descubierta.

-No. Lo voy a hacer yo. -solté de pronto.

Los tres me miraron como si me hubiese crecido un cuerno en la cabeza.

-Esto… eh… Claro. -dijo Miriam sin saber bien qué decir.

Leo estaba a punto de desternillarse, pero solo se puso a un lado a beberse un zumo.

Viendo la estampa diría que Hunter no era muy estricto con su plantilla y les dejaba hacer un poco lo que quisieran siempre y cuando sus cosas estuvieran a punto.

Empecé a rebuscar en los armarios de la cocina, altos y bajos. No sabía qué diantres desayunaba

ni qué había para poder preparar, pero me había tocado la moral Fiona y como me iba a casar con su jefe… Bueno, irracionalidades matutinas.

- ¿Te ayudo a buscar algo? -preguntó Miriam, quien tenía cara como un poema.

-No, gracias, controlado. -respondí suspirando.

No era que no me gustase cocinar, pero no lo hacía por la mañana ni para mí porque me daba mucha pereza. Yo dejaba las cosas, en todo caso, preparadas por la noche. Aunque lo cierto era que hacía mucho tiempo que el trabajo me había absorbido suficiente como para no desayunar nada casero. Otra cosa más a la lista de cosas que me recriminaba mi madre.

En algún punto quizá sí me había perdido como ellos me decían.

Di con Harina, plátanos, crema de cacahuete y algunas cositas más, suficiente para hacer unas tortitas. Todos los ojos estaban puestos en mí y tuve que preguntarme si es que no tenían nada mejor que hacer.

Las tenía dominadas. Lo bueno de aquella cocina era que todo estaba limpio, ordenado y nuevo. No como esa sartén que por pereza no había tirado yo en mi casa y se pegaba hasta una tortilla de un huevo.

Saqué la última e hice un gesto de victoria. Hunter me miraba con los ojos muy abiertos desde el marco de la puerta.

-Buenos días. -dijo en un tono que era imposible de descifrar.

-Buenos días. Te he hecho tortitas. -respondí levantando un poco el plato de las susodichas.

Acto seguido, me senté en uno de los taburetes alto y, ya que lo había hecho, me serví una para tomar con el café.

Hunter estaba flipando. Ya. Le entendía. Pero se sentó justo en frente de mí para servirse una mientras escondía una sonrisa en sus labios y negaba lentamente con la cabeza.

CAPÍTULO 8

AISHA

Solo habían pasado dos días desde nuestra vuelta pero amanecimos llenos de invitaciones.

Pietro estaba en “nuestra” casa mirándonos alternativamente a uno y a otro como si esperase que en algún momento saliese una hiedra de cien cabezas.

-Seguís vivos… -murmuró para romper el silencio. -La repercusión del anuncio está siendo muy buena.

-He visto los números. -respondió Hunter algo borde.

-Los contratos que ofrecen son favorables. -añadí perdida en alguna cosa no importante en el móvil solo para no tener que sostener la mirada de ninguno de los dos.

-Bueno, la vida social es importante y la colección está en marcha. -prosiguió como si nos ignorase. -Me tenéis que decir a qué eventos iréis. -añadió. -Y en muchos de ellos estará Chantal. -añadió.

-Vamos a ir a todos. -aseguré consiguiendo, en ese momento sí, toda la atención.

-Él nunca asiste a todo. -afirmó Pietro intentando ser prudente con la posible reacción de su jefe. -Pero, desde luego, a tu imagen no haría daño. -añadió.

-Nos invitan a muchos eventos, te lo aseguro. -dijo Hunter en mi dirección entrecerrando los ojos.

Le mantuve la mirada fija. Él y yo teníamos un trato. Si yo aceptaba ser su mujer, era para conseguir relacionarme de la mejor forma posible y, para eso, teníamos que movernos en los eventos a los que fuese invitado.

-Si nos dejas Pietro, luego te pasamos a cuáles iremos. -adelanté sin querer meterme en una discusión “marital” aunque Pietro supiese que era una farsa. Cuantos más detalles quedasen en privado, mejor. -Y también a aquellos a los que acudiremos solo uno de los dos. -añadí.

Eso pareció volver a llamar la atención de Hunter, quien parecía una bomba de relojería a punto de explotar en cualquier momento.

-Bueno, siendo así, os dejo. -afirmó el publicista sin parecer muy contento con su exclusión en la toma de decisiones. -Pero me gustaría que supieras una cosa Aisha. Le he mandado antes un mensaje a Hunter y… -Se calló cuando el nombrado se levantó. -Creo que ya te lo explica él. -afirmó volviendo hacer una mueca.

- ¿Explicarme qué? -inquirí sintiendo el bombeo ponerse a toda mecha dentro de mí.

Pietro no me contestó. Eso, además de frustrarme, volvió a recordarme una cosa de todo ese lío: él le debía “lealtad” a su jefe, no a mí.

-Resulta que Pietro tiene cierto a miedo por ti en cuestión de opinión pública. -dijo cuando el publicista ya nos había dejado solos.

- ¿Miedo de que la prensa no me quiera? -cuestioné poniendo el grito en el cielo. -Ni que yo fuera una borde sin sentido del decoro que no supiera exactamente qué se espera de mí siendo tu prometida y luego tu esposa. -Hunter se dedicó a enarcar una ceja como si de verdad no supiera a qué me estaba refiriendo. Qué le partiera un maldito rayo. -Vamos, Hunter, está claro que yo soy capaz de ser tan falsa como tú si quiero. -declaré chasqueando la lengua.

Me dejé caer en el sillón que me correspondía rodando los ojos hasta ponerlos en blanco.

- ¿Te refieres a que podrías encantar a la gente dejando fluir tu encanto despreocupado? -cuestionó riéndose de mí de pronto.

Alcancé su pecho con mi puño juguetonamente.

-Sé lo que se espera de mí. Pondré buena cara; sonreiré como si me importase lo que me están contando. Mira, contigo lo he hecho desde que trabajamos juntos continuamente. -dije devolviéndole la jugada. Puso mala cara. -He sido tu abogada y he tratado con todos esos petardos con ínfulas cuando ha sido necesario. Podré dejarme adular y casi se creerán que todos ellos me caen bien. -concluí.

-Pietro asegura que las féminas estarán reticentes a que haya alguien “oficial” en mi vida. -intervino entonces.

Lo vi demasiado quieto, como si esperase mi reacción.

¡Pues no iba a darle ningún espectáculo si era lo que esperaba!

¿Sus fans se iban a enfadar?

Pues yo seguiría haciendo mi puñetero papel de prometida encantadora, porque ese era el camino que iba a llevarme a mis propias metas. Poco ético o no, era lo que había decidido.

Y ya me estaba arrepintiendo.

-Dejaré que esas féminas vean que sigues siendo encantador, más con ellas que conmigo. -aseguré mordiéndome mis opiniones para mí misma.

- ¿A qué eventos vamos a ir entonces? -preguntó tocándose el puente de la nariz.

-No sé cómo puedes vivir siempre tan estresado. -dije quejándome en alto mientras me levantaba en busca de mi portátil para imprimir el calendario doble que pensaba que marcásemos de inmediato.

-Lo dijo quien está imprimiendo un puñetero calendario. -contraatacó.

- ¿Mi jefe diciendo una palabrota? -interrogué burlona sin esperármelo.

-Tu prometido, que a veces está visceral. -respondió dejando sus ojos azules clavados en mí lo

que me pareció una eternidad.

Mi mente me recordó que no podía estar mirándolo así. Qué Hunter no era una opción sino un negocio. Negué lentamente con la cabeza decidida a hacer lo que tenía que hacer.

Discutir es poco para lo que tuvimos que hacer para llegar a un acuerdo válido respecto a nuestros próximos eventos. Tras asentir una vez más los dos, aunque ambos teníamos nuestras reticencias al respecto, le enviamos una copia a Pietro.

Los dos habíamos tenido que ceder, claro que sí. Porque nuestro acuerdo implicaba que el siguiera siendo impecable y que su imagen continuase siendo la del “más querido y deseado”, pero la otra parte conllevaba que yo tuviese una visibilidad en el mundillo para poder abrirme un camino de oportunidades.

-Eres terca Aisha, más de lo que siempre me había parecido. -dijo entonces, cuando ya no tenía sentido atacarme.

Le iba a contestar pero Fiona entró moviendo las caderas de una forma que me pareció exagerada e improcedente.

-Veo que se ha hecho un poco tarde. ¿Quiere que les prepare algo de cena, señor? -interrogó Fiona hacia Hunter.

-La verdad es que tengo poco apetito, pero prepárale algo a ella. -respondió.

-No. -salté consiguiendo que volviese a mirarme como si fuese una rana convirtiéndose en burro. -Prefiero hacer mi propia cena, gracias maja. -añadí para rematarla.

Ella se quedó ahí parada, esperando algo más que no llegó. Tras unos minutos, se retiró.

- ¿Sabes que hacer uso del servicio es parte de estar aquí, verdad? No hace falta que te centres en nada que no sea que esto y que tu trabajo en Modas Hunter salga bien. -recalcó pesando, como siempre, en sí mismo.

-Haré uso de ellos cuando me vengan bien. -repliqué poco dispuesta a dar mi brazo a torcer.

-A veces creo que te gusta discutir, llevar siempre la contra. Quizá por eso te hiciste abogada. -criticó.

O a mí me pareció una crítica.

-Quizá.

Me encogí de hombros antes de girarme para ir hacia la cocina.

¿Qué a mí me gustaba discutir? No, pero a mí las cosas me gustaban si dobleces, a la cara, sin engaños.

Me puse a batir los huevos y cortar panceta para hacerme un revuelto cuando lo noté apoyado en el marco de la puerta. Había pasado un rato y, al mirarlo de reojo, comprobé que se había duchado.

Su pelo rubio ceniza caía aún mojado de forma irregular e iba vestido de deporte, lo cual supuse que significaba que era su pijama.

Era el primer día, desde que habíamos llegado para instalarnos, que se quedaba de noche allí.

- ¿Hoy no tienes reunión nocturna? -pregunté.

Sí, me había fijado perfectamente en que los dos días previos había salido sin quedarse a cenar en la casa para volver después de la hora en la que yo dormía, que no era precisamente pronto ya que dormía en el sofá mientras veía desde un drama romántico coreano hasta un documental sobre tutankamon.

- ¿Me estás reprochando algo? -preguntó con media sonrisa dibujada en su rostro.

-No, solo lo señalo. -respondí algo a la defensiva.

-Eso es porque tienes una opinión al respecto. -añadió.

Ese hombre me sacaba de mis casillas. Por eso me gustaba vivir en mi casa, con mis cosas, sin tener que estar teniendo conversaciones absurdas con nadie.

- ¿Por qué no tienes novia Hunter? -pregunté entonces. Sus ojos azules centellearon un poco, como si no supiera exactamente cómo había nacido esa conversación. -Digo una de verdad. -especifiqué. No contestó pero tampoco se movió mientras yo emplataba mi tortilla y me sentaba para comérmela. -Chantal es muy guapa, algo larga quizá. ¿Qué le faltaba? -inquirí.

-Vamos a llevarnos bien Aisha. -respondió calmado aunque se le veía enfadado. -Yo no te pregunto a ti por qué estás sola, y también lo estás. -señaló de forma que se me quitaron las ganas de comer.

Me sentí herida.

-Pero te has permitido hacer juicios de valor cuando hemos subido a mi apartamento. Creía estar en posición de hacer lo mismo. -ataqué.

-Estoy solo porque es lo mejor. Entiendo qué me puede ofrecer una mujer, y no me hubiera negado a casarme por conveniencia a largo plazo, pero no creo en ese amor que plantean las masas. No existe. Te aconsejo no buscarlo, aunque no creo que lo hagas. De hecho, mi razonamiento para que esto salga bien se basa en que tú y yo somos iguales. -explicó.

¿Por qué esa retahíla inesperada me había sentado como una patada en el estómago? ¿Qué me estaba llamando exactamente?

- ¿Crees que somos iguales? -Me reí irónicamente antes de levantarme para encararle a solo unos centímetros de su rostro. -Yo no soy una depredadora, y tampoco le doy esperanzas a nadie que no tenga esa oportunidad real. -dije señalando cada palabra.

-A lo mejor yo tampoco lo hago. -Se quedó callado unos segundos. -Y tú no puedes saberlo porque nunca has estado conmigo, ni dentro ni fuera de mi cama. -añadió.

-Ni hubiera querido estarlo, que quede claro. -recalqué con una furia desconocida delante de mí.

-Claro está Aisha. -respondió antes de irse.

¿Claro estaba qué? ¿Qué yo no había querido? ¿Qué no lo hubiera estado ni queriendo?

Sin entender qué había querido decir porque de claro, por mucho que lo creyese o repitiese Hunter Rill, no tenía nada, decidí irme al sofá.

Sin querer me quedé dormida pensando en ojos azules que se tornaban fuego al mirarme; con un torso desnudo; con un enfrentamiento que terminaba resolviéndose entre las sábanas.

¿Qué me estaba pasando?

CAPÍTULO 9

AISHA

- ¿Sabes que tienes una cama? -cuestionó Leo sobresaltándome de pronto.

Ese servicio doméstico iba a conseguir que me diera un maldito infarto.

Levantarme ya en guardia no era algo que hubiera previsto pero tampoco algo que me molestase en exceso.

- ¿Qué hora es? -pregunté desconcertada mientras me desperezaba.

Me crucé, yendo detrás de Leo hacia la cocina, mientras bostezaba como una loca y mi pelo aún parecía una peluca sacada de la noche del terror, con Hunter.

Claro que sí, yo desplegando elegancia y finura. Genial.

- ¿Así es como las personas se enamoran? ¿Viendo a sus mujeres con esos pelos? -cuestionó Hunter mirándome mientras Leo le ofrecía un café.

-Supongo. -respondí callándome mis pensamientos.

¿Deducía de esa forma de hablar que el servicio doméstico sí sabía que era todo una mentira? No, Fiona no parecía saberlo.

-Era broma. -señaló fijándose en mí.

-Tenemos que ir a Modas Hunter, tengo que revisar los acuerdos que han llegado para la campaña de Navidad. Al parecer, uno de nuestros agentes principales está pensando en no renovar con nosotros después de otoño para dárselo a otras agencias. -dije en modo profesional.

Eso era lo que de verdad nos unía y ese lazo era el único que pensaba potenciar.

-Sí, bueno. Yo tengo que reunirme con algunos inversores. -respondió despreocupado.

-Nos vemos entonces en la gala directamente. -señalé a sabiendas de que le saltaría la notificación en su agenda tanto como me había saltado a mí.

La gala benéfica de aquella noche iba a ser nuestro primer acto conjunto en sociedad y, aunque intentase disfrazarlo todo con mi aspecto profesional, lo cierto era que mi interior vibraba más que una madeja de llaves.

-Pasaré a por ti aquí a las ocho. -citó enseguida.

Luego se fue tan rápido como había llegado.

-Las siete. -dijo entonces Leo. Intenté comprender qué quería decir pero me había levantado un poco espesa. -Me has preguntado antes la hora. -recalcó riéndose un poco.

-Mira chico, es que ese hombre me puede. -declaré para después arrepentirme. -Que le quiero y tal pero… Me saca de mis casillas. -rectifiqué.

¿Sonaría convincente?

-Yo no me meto en la vida sentimental de nadie. Menos de mi jefe. -contestó sin perder la

sonrisa. – Sale a correr temprano y se ducha antes de desayunar. -señaló entonces.

-Si, impecable está ya cuando viene a desayunar. -dije sin medir mis palabras nuevamente. Joder, era demasiado fácil hablar con Leo. -Yo es que soy más simple, nos complementamos. -añadí.

-Claro que sí. -respondió usando ese tono que veía que todo el mundo usaba con Hunter.

-Quiero llevarme bien contigo Leo así que, no me trates con esa condescendencia. A mí si tienes algo que decirme, me lo dices. Tranquilo, sé aguantar críticas. -No era del todo cierto. -Y no le pienso decir nada a Hunter. -Esa parte sí era verdad.

-Sois agua y aceite, no os parecéis. -señaló haciendo referencia a la conversación que habíamos tenido Hunter y yo.

Supuse que no era tan raro que nos hubieran oído. Al fin y al cabo, estaban por ahí como hadas madrinas sin hacer ruido todo el día. Solo esperaba que Fiona no lo hubiese escuchado, básicamente porque me había caído mal sin motivo.

- ¿Miriam está por ahí? -inquirí.

Él asintió antes de irse y vino la aludida. Ese patrón tan complaciente me ponía de los nervios, pero lo entendía: Yo misma era un poco así dentro de la empresa.

- ¿Qué necesitas? -interrogó.

Ella sí había entendido cómo tenía que hablarme a mí.

-Quiero que cambies las sábanas de la cama de Hunter. Enteras. -solicité.

Ella hizo una expresión, que intentó que no se notase demasiado, de sorpresa.

-Vale.

No me paré a que me preguntase por qué porque era mejor que no lo hiciese. Me duché y preparé antes de irme a trabajar.

Llegar allí fue como siempre, pero una vez dentro de la empresa… Todo había cambiado demasiado para mi gusto.

La gente me saludaba, y aunque siempre lo habían hecho, era diferente: Tenían ese tono de “A esta hay que hacerle la pelota que de lo contrario me puede echar”.

Llamé a Janet.

- ¿Y qué querías que pasase? -preguntó al otro lado de la línea.

Janet era tramitadora en un departamento de telefonía, y siempre se oía su teclado de fondo mientras hablábamos.

-Pero es que esta gente me conoce desde hace mucho como para que estén así. -murmuré mientras me paseaba por mi cubículo.

-Pero tú ahora eres novia del jefe, bueno, que ya lo eras. Ya te vale no haberme dicho nada, pero lo entiendo. El tío es un adonis. Si yo para estar con uno así me hubiera tenido que callar durante un tiempo… Lo habría hecho. -Se rio desde el otro lado sin piedad.

Genial, mi amiga pensaba que era una guarra. Ojalá tuviese la vida que ella se estaba imaginando que había tenido durante unos meses cuando yo iba del trabajo a casa y de casa al trabajo.

- ¿Y qué hago? -interrogué sin darle importancia a sus comentarios sobre lo bueno que estaba mi jefe.

-Pues entiende que es normal, muéstrate cercana y ya está. Se les pasará lo que se les pueda pasar y tú, pues entiende que has subido de escalón. -aconsejó.

Sí, tenía razón, mis pasos tenían consecuencias y si quería que se me tuviese en cuenta por mi trabajo en las altas esferas… Había que pagar un precio.

Elaine se acercó después de horas en las que yo estuve sola centrada en mi ordenador. Gael me había saludado de milagro pero no se había parado a hacer chistes deportivos en mi presencia

como hacía otras tantas veces con los del equipo.

Bueno, que mi presencia sirviera para algo útil tampoco me parecía mal.

Eché un vistazo varias veces hacia la oficina de Hunter y disimulé mi creciente curiosidad. Se suponía que íbamos a la misma oficina pero, si lo pensaba, tenía sentido que no fuese así. Ni habíamos ido en el mismo coche, ni habíamos hablado de volver juntos; Y había dicho que me recogería en casa.

¿Dónde habría ido y con qué inversores?

Me reproché a mí misma estar dándole tanta importancia a cosas banales que no me incumbían. Mi jefe siempre había sido la adoración de toda la prensa y otras muchas personas, y eso era porque nunca le había salpicado un escándalo. No tenía por qué empezar ya estando conmigo a hacer cosas cuestionables.

Repetí para mis adentros que solo me estaba fijando por el miedo que me daba que saliese mal y que mi reputación se fuese al garete en vez de subir.

- ¿Aisha? -inquirió un repartidor saliendo de la nada con paquetes grandes.

Mi equipo más cercano, con los que más raro se me hacía no hablar, me miraban curiosos.

-Soy yo. -dije queriendo que me tragase la tierra.

-Esto es para usted. Si me firma…

Le firmé. Qué iba a hacer. Eso llevaba la seña de Hunter marcado a fuego.

Cogí la dichosa nota.

“Este es el vestido y los complementos que Pietro ha considerado que debes llevar. Lo ha mandado a casa, pero lo he reenviado a la empresa. Creo que no te dará tiempo a volver por lo que paso a por ti allí”

La releí.

¿Y por qué no me iba a dar tiempo?

Justo llegó un email con más problemas legales, y todos respecto a los contratos de la que empezaba a ser la causante de todos mis problemas: Chantal Bluen.

Genial, esa loca pensaba tocar los huevos solo por su frustración amorosa respecto a Hunter.

¿Y qué se podía hacer al respecto?

Me pregunté cómo empezó esa “relación” y qué razones podía tener Chantal para liar de esa forma las cosas.

Algo me decía que ella era una lagarta pero me creía, por desgracia, al cien por cien, que Hunter había tenido mucho que ver en el problema.

CAPÍTULO 10

AISHA

Solo estaba harta de que le pusiera pegas a mi trabajo en los contratos. Que esa tía levantase el teléfono y hablase lo que tuviese que hablar con Hunter.

Decidí marcharme de la empresa, pese a que no era lo que él quería. Me daba igual, yo no era su esclava y él debía empezar a preguntarme las cosas, por el bien de los dos.

Decidí ir a ver a Janet.

Janet me recibió con los brazos abiertos. Que le pusiera un mensaje pidiéndole ayuda para prepararme para una gala benéfica fue el pistoletazo de salida para que se pusiera lo más contenta y pesada posible.

-Pero ponte esencia de almendras que he dejado ahí en el baño. -chilló desde su salón. - ¿Y cómo es estar con ese pedazo de hombre? Ahora sí podemos hablar del tema. -dijo ávida de saber.

Sabía que ese momento llegaría. Me hice la loca mientras me ponía el aceite.

Salí y ella cruzó su mirada con la mía de forma picarona. Yo negué con la cabeza intentando quitarle la idea, como si eso fuese posible.

-Se supone que tengo que parecerme a todas esas estiradas, y estar más guapa que Chantal Bluen. -solté dejando que mis nervios me ganasen la primera ronda.

-He visto lo que se dice en las redes. -dijo entonces entrando al trapo. -Pero esa no tiene nada que hacer contigo. Si tuvieron o no algo, fue antes de ti.

Me dejé peinar con tirabuzones que caían de un moño alto que bien me hacía parecer una famosa de esas de las revistas. El maquillaje era excesivo: Con párpados en tonos marrones y motas

doradas; los labios rojos con un delineado sugerente.

-Yo… Ese vestido… No lo veo. -aseguré ignorando todo lo que ella quería saber.

Me enseñaba un vestido dorado, con apertura lateral prácticamente hasta la cadera, y un escote que poco dejaba a la imaginación.

-Lo he estado deseando ver en persona desde que me has llamado, aunque hacía días que lo había estado viendo en el escaparate de esa tienda cara. -recriminó.

-No lo he pagado yo. -afirmé tranquila. Pensé en cómo tendría que hablar de esa parte con Hunter en algún momento. Mi sueldo era bueno, claro que sí; Incluso había ahorrado mucho, pero no era parte de mi plan gastarme todo en ropas y peinados para fiestas. -Y me lo pondré, tampoco sé qué ponerme si no es esto. -añadí.

-Es un vestido precioso. He revisado las últimas apariciones de Chantal y no puedes ir menos que eso. -afirmó.

Me dejé hacer pero, al ponerme a andar, me sentí un mono de feria. Muy poco yo. Daba pasitos hacia todos lados; recogía la falda un poco antes de volver a soltarla; me miraba en cada reflejo de la casa resoplando como un caballo.

De tanto no estar convencida tropecé y caí al sofá. Janet se partió de risa sin contenerse y quise gritar.

-Yo no quiero ser esa. -dije frustrada. -Soy un payaso de feria.

- ¿Y qué piensa tu prometido al respecto? -cuestionó.

Él me había enviado esa caja aunque se suponía que era recomendación de Pietro.

Recibí un mensaje del susodicho para decirme que iba a casa a por mí pero yo no estaba allí así que respondí que nos veíamos en la puerta. Solo contestó con exigencia “Ubicación”.

-A él le da igual como vaya vestida siempre y cuando case con la escena. -murmuré con mala gana. Recordé, por los pelos de un conejo raso, que ni ella podía saber la verdad de lo que había firmado con mi jefe. -Está preocupado por cómo se va a hablar de mí en los medios durante estos días. -rectifiqué.

-Es normal. Hay mucha loca enamorada de tu novio. -Se descojonó. Sabía que eso era cierto desde siempre, pero, hasta ese momento, nunca me había importado.

-Se me va a juzgar solo porque prefieren que siga siendo soltero. Como si eso les diese a todas ellas una oportunidad. -Estaba asqueada.

-Si has podido durante tanto tiempo llevarlo en secreto, no veo cómo ahora te afecta de esa forma.

Ella no era tonta. Estaba dejando caer que le parecía raro que siendo tan amigas, porque lo éramos y yo de eso no tenía mucho por mi propia implicación en mis sueños profesionales, no le hubiese dicho absolutamente nada. De hecho, podría tirarme a la cara que incluso le había mentido porque, de lo contrario, no habría hecho insinuaciones sobre lo falta que estaba de un poquito de amor.

-Puede que… Al sentirme más expuesta, tenga los nervios a flor de piel. -razoné en alto.

“Estoy abajo”

Y en ese momento, todo el tinglado se me cayó.

Salí despidiéndome sonriendo pero, en cuanto ella cerró la puerta de su apartamento y me monté en el ascensor, me miré sabiendo que esa no era yo.

Hunter Rill me miraba de arriba a abajo tras abrir él mismo la puerta del ascensor.

-Vamos. -ordenó tras tragar saliva.

Quería irme y no pasar por aquel trago. Siempre me había negado a ganar cualquier cosa por una

imagen; por aparentar ser bonita, boba o amable de más.

¿Por qué si era inteligente tenía que pasar por esos aros?

Aun así, asentí levemente, y me encaminé a ese coche.

Hunter estaba impecable con su traje azul marino. Olía a jabón y menta fresca mezclado con una colonia varonil que invitaba a querer estar cerca de él.

Si mi cabeza no hubiera estado intentando no entrar en pánico, que era lo que quería hacer, puesto que yo no pintaba nada con esa imagen excesiva y casi apabullante, hubiera encontrado el cubículo delantero del coche muy cargado de algo parecido a la tensión sexual.

Era endiabladamente sexy en todo lo que hacía y, por alguna razón, no podía parar de verlo aun cuando lo había ignorado durante muchísimo tiempo.

CAPÍTULO 11

AISHA

La gente era estúpidamente falsa.

Siempre lo había sabido, pero en aquel momento lo confirmé de primera mano.

En cuanto comenzamos a mezclarnos entre la multitud, todo el que deambulaba por ahí quiso pararse a hablar con nosotros de alguna u otra forma. Según decían, todo era maravilloso a sus ojos y nosotros hacían una pareja perfecta.

¿Cuál era el problema entonces?

Que cuando no estábamos hablando con nadie, o por lo menos cuando yo no estaba charlando con nadie, me fijaba en esa gentuza.

Me miraban a lo lejos cuchicheando entre sí; Podía verlos con claridad dando opiniones sobre mi vestimenta, el tiempo que llevábamos saliendo, o lo que había pasado con Chantal.

Pensando justo en la aludida, entró en la sala, y fue el pistoletazo de salida para que el murmullo creciese hasta hacerse casi ensordecedor.

-Te daría dinero por comprar tus pensamientos, pero sé que no funcionas así. -susurró Hunter apareciendo a mi espalda.

Su roce erizó mi piel.

-Tu amiga acaba de llegar. -siseé. Él pasó una mano por mi espalda con suavidad y yo solo intenté sonreír ante ese comportamiento pese a que, por algún motivo, deseaba que no lo hiciese. Su cercanía excesiva me confundía.

-Hablemos con ella. -dictaminó.

Antes de darme cuenta, estábamos dando pasos hasta esa barbie que era Chantal. Ella y uno de sus vestidos que dejaban poco a la imaginación.

Si Janet hubiera estado ahí me hubiera gritado un “Ajá” de victoria seguido de un “Por eso te han vestido así, que pones pegas por nada”.

Pero ante la evidencia de estar compitiendo, fue como peor me sentí. Yo no tenía que demostrarle nada a esa gente, ni quería que en alguna revista de cotilleo considerasen que era más guapa o más atrevida que ella.

-Hola. -Sonrió Chantal. -A los dos. -añadió. -Me alegro de que hayáis podido venir. Estás estupenda Aisha. -felicitó.

-Es una gala preciosa, con cuadros dignos de admirar desde luego. Hay artistas que no siempre son todo lo reconocidos que deberían, y estamos, los dos, muy contentos de apostar por eso. -remarqué contenta de mi alegato.

Sí, que la gente viera mis intereses más allá de la farándula.

-Claro, supongo que tu opinión es que la moda a veces no da oportunidades; Muy ostentosa y clasista. -dijo.

-Exacto. -contesté.

Nada más decirlo, me arrepentí.

Hunter me apretó un poco la mano pidiéndome a gritos silenciosos que me callase.

-En realidad, lo que Aisha quiere decir es que en modas Hunter, entendemos que para llegar a ser todo lo alto que se pueda en el mundo de la moda, a veces hay que empezar desde abajo. De hecho, estamos planeando un concurso de talentos para dar un patrocinio a alguien del mundillo, tan selecto y necesario en el que nos movemos, para llegar a la cima. -comunicó en una retahíla.

Jodidamente perfecto.

Me fijé en su mandíbula cuadrada, con porte griego. Miró con condescendencia hacia la multitud que, como si se hubiese tratado de una rueda de prensa, daba su aprobación asintiendo estúpidamente con la cabeza.

Sonreí todo lo que pude un poco más. Posé para algunas fotografías. Y pujamos, bueno, él lo hizo y con un alto valor, por cuadros diversos.

Me incliné hacia él, aspirando por accidente su fragancia masculina aun cuando esa no era mi intención.

-Ni siquiera te gustan esas obras. -murmuré procurando no reírme.

Tal vez podía parecer que sencillamente comentábamos lo que estaba pasando como una pareja encandilada normal.

Se giró hacia mí solo un poco, pero fue suficiente para que me fijase en sus ojos azules y entreabriese los labios involuntariamente.

-Se espera que done dinero porque creen que tengo demasiado. -comenzó a decir. -Pero a su vez por esas donaciones, los otros implicados están dispuestos a darme muchísimo más dinero. -explicó. -No, no me gustan esas obras, pero una vez compradas, las donaré a algún lugar que se revalorice por tenerlas. -añadió.

- ¿Quieres que ahora te vea como alguien bueno? -cuestioné pestañeando en su dirección.

Mi revoloteo interior me hacía mirarle y comportarme de forma que no me esperaba.

-Mírame como tú prefieras. -respondió con media sonrisa.

-Yo no quiero mirarte de ninguna forma, solo quiero que esto termine. -aclaré intentando recomponerme.

¡Por los clavos de Cristo la tensión que estaba pasando!

Cuando terminó la noche y descendí la escalera hacia el coche de Hunter, solté el aire que había tenido contenido hasta ese momento.

Me senté en el coche entrando por la puerta del copiloto y me dejé caer sin miramientos ya con poca disposición a seguir mintiendo.

Su forma de conducir, tan segura y autoritaria, me producía un sentimiento cálido que conseguía subir ciertos grados la temperatura de mi piel.

¿Era normal?

Desviaba mi vista hacia él constantemente con un cosquilleo en el estómago que intentaba ocultar pese a que me salía solo sonreír.

- ¿A dónde vamos? -pregunté por segunda vez casi con voz infantil.

Estaba embelesada mirando las luces que había en aquella ciudad que desconocía.

-A un sitio. -contestó solo con media sonrisa.

Su mirada brillaba, o eso me parecía a mí.

-Esas luces se entrelazan. Desde mi punto de vista, es una forma de decir sutilmente que las fiestas son para juntarnos con las personas que queremos. Las cosas compartidas siempre son mejores. -expliqué para después quedarme callada.

- ¿Qué? -interrogó.

No dije nada y me dio una palmada en el muslo.

-Nada, que es curioso que yo hablé así. -respondí echando una mirada a través del cristal.

No preguntó por qué y yo me sentí mal. Una de esas veces en las que me cuestionaba si mi

historia no le interesaba y solo se dedicaba a ir conmigo donde él creía que teníamos que ir.

Llegamos a un parking subterráneo donde paró el coche en un movimiento diestro de muñeca. Me bajé para ponerme a su altura e incluso le di un pequeño empujó amistoso mientras le seguía.

Caminaba sin más, sabiendo que mi presencia era inherente a sus decisiones. Eligió un sitio, lo noté en su cambio de rumbo, hasta que entró en un restaurante italiano.

El camarero le atendió, como siempre hacían, como si su sola presencia le confiriera autoridad.

Escogió para él y para mí. Tras varias interactuaciones, parecía que había ido perfeccionando su percepción sobre lo que me gustaba y lo que no en cuanto a comida; Eso había conseguido calar en mí de alguna forma pensando que significaba que era importante en su vida.

- ¿Crees que hablarán bien de mí en el próximo número? Ha habido ciertos cambios en cómo hablan, pero siguen siendo positivos. O eso arrojan los números. -dijo sacando tema de conversación.

-Pues... Supongo que sí. Está claro que te siguen viendo como lo que eres: Un hombre de éxito, guapo y con una autoridad predominante. Eres el mejor en tu sector por algo, eso está claro. -Hice una pausa. -Qué estemos comprometidos solo te hace, por lo visto, más deseable.

Se hinchó como un pavo.

- ¿Y por qué crees entonces que Pietro se queja tanto? -cuestionó.

-Supongo que no sabe cómo hacerte perfecto sabiendo que es mentira y que se podría quebrar en cualquier momento. -Silencio. Él siempre escuchaba atento e incluso contento cuando la conversación giraba en torno a él. -A lo mejor es a mí a la que no sabe cómo subir al pedestal. -aventuré.

-Es bastante bueno cómo siguen llegándome propuestas de cenas privadas con mujeres, no se dan por vencidas ni con tu presencia en las portadas. ¿Irresistible? -inquirió.

Me reí sin poder dejar de mirarle. Le sentía tan feliz cuando hablaba bien de él que me sentía impulsada a hacerlo. Pero era un juego peligroso. Yo inflaba su ego y ese ego de alguna forma lo mantenía lejos de mí.

-Podrías destruir un poco tu muro, a veces no soy capaz de verte. -sugerí.

-Tú ya me conoces mejor que muchas personas. De hecho, creo que estás entre las tres personas que no son de mi familia que podrían decir algo real de mí. -aseguró.

Esa frase llenó mi espíritu por unos minutos, pero había pasado tiempo desde que habíamos empezado con aquella farsa que para mí se había convertido en algo real, y sabía que aquello no avanzaba hacia ningún lugar.

¿Podía simplemente mantenerme yo en ese papel confuso?

Lo intentaba porque me daba cierta felicidad y, porque de alguna manera, yo quería creer que sí, que le conocía mucho mejor que otras personas que lo habían intentado.

- ¿Por qué crees que sigo interesándole a Chantal Bluen?

-Imagino que... Ella ha estado suficiente cerca de ti para imaginarse que "nuestra relación" no tiene tanto tiempo o, por lo menos, no en plan serio en su cabeza. A lo mejor cree que llegará su momento contigo. Al fin y al cabo, si estuviese contigo, saldría en cabeza en todas las revistas y eso aumentaría aún más su influencia en los medios.

La modelo más codiciada con el millonario más exitoso.

-Es increíble que piensen en mí aun cuando no hago nada para que así sea.

-Sí. -afirmé conforme dejaba el vaso vacío en la mesa.

Fue inmediato que llamase al camarero para que pusieran otra bebida ante mí y un postre delicioso cubierto de chocolate y dulce de leche.

-Te gusta.

Señaló el postre tras esa afirmación. Así era Hunter, no preguntaba y no contaba nada. Daba por supuesto tus gustos y dejaba que imaginases sus circunstancias.

¿Cuánto tiempo más podría valerme eso?

-Me encanta el postre, es lo que tiene sentido de disfrutar. -dije risueña.

Yo no era así con cualquiera, pero desde que había empezado a convivir con él, se me había ido cayendo el disfraz que me había puesto ante la sociedad en general y mis compañeros de oficina en particular.

-Lo sé. -confirmó.

Pagó la cuenta sin darme tiempo a reaccionar. Por mucho que intenté devolverle mi parte de la cena, no hubo manera. Evitaba mis manos con dinero y no consentía darme el número personal al que podría haberle pasado tal cantidad. Me lo tomé como cualquier estupidez que él hiciese en mi dirección aunque yo nunca había sido así: Esa invitación provocaba de nuevo un revoloteo en mi interior.

El coche de vuelta siempre se ponía más intenso. Mi respiración se volvía irregular; me decidía a poner música que sabía que era del gusto de los dos, o al menos era música que no quitaba cuando ponía por la casa, consiguiendo que en ocasiones incluso cantase bajito; Y luego estaba eso otro... El único contacto físico que habíamos tenido. Ese que acababa de llegar a mi mente hacer.

Y lo hice.

Pasé la mano hasta su nuca para acariciar con mis uñas la nuca y el principio de su pelo raso. A él le gustaba, lo notaba en su reacción casi imperceptible.

Me miró de reojo, se me paró el corazón.

Aparcó entonces delante de mi casa.

- ¿Hoy me quedo aquí? -interrogué sin entenderle.

-No hay mucho revuelo y... Tengo unas movidas que hacer. -respondió escuetamente.

Y en ese momento, estalló parte de la burbuja en la que sentía que habíamos estado viviendo.

Pero una sensación de angustia me invadió, como si supiese que esa pequeña inquietud de no entender por qué esa noche era diferente se fuese a repetir en el tiempo, y fuese a ir creciendo.

Porque la decepción tenía la intención de superarse siempre a sí misma y yo... Sentía que fuese lo que fuese que me pasaba con Hunter Rill no podía terminar bien.

CAPÍTULO 12

AISHA

Mi apartamento se me hizo terriblemente extraño. Paseé por las habitaciones un poco hasta que me di cuenta de que no podría dormir.

Yo no era una muñeca de quita y pon. Eso no estaba en el maldito acuerdo. Así que hice lo único que tenía sentido hacer: Cogí mi propio coche para ir hasta la casa de Hunter.

En la garita de seguridad, al ver la hora, me miraron varias veces.

¿Me habían crecido monos en la cara desde que había salido del recinto esa mañana?

¿Había sido capaz Hunter de mandar que yo no podía entrar? ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

Me dejó pasar tras esa exhaustiva mirada a mí y a mi coche.

Aparqué en la casa y me percaté de la estupidez de no tener llaves de la mansión en la que vivía. Claro, porque no era mi maldita vivienda y esta farsa estaba mal hecha desde el principio.

Toqué al timbre y esperé con cara de pocos amigos.

-Veo la puta luz en rojo. -dije de mala gana.

Eso significaba, de toda la vida de Dios, que estaban mirando por la cámara. No había ningún motivo para que me tuvieran cual farola esperando.

-Un segundo señorita. -respondió Miriam con una voz que se oía temblorosa desde mi posición.

¿Qué cojones pasaba?

Yo no era una mujer muy paciente, pese a mi gran careta perfeccionada durante años para ser una mujer calmada con una educación impecable dejando a un lado incluso mi carácter más rural

para trabajar con ese tipo de gente, así que decidí saltar el muro de una forma poco elegante.

Una vez subida en el muro, me arrepentí un poco al ver la altura, pero a mí no me detenía nada ya llegados a ese punto. ¿O sí? Unas luces tipo linterna llegaron cerca de mí y mi pulso se aceleró todo lo posible: Si me pillaban a modo prensa en esa situación ni el poder de la Virgen de Macarena nos salvaba del chisme público.

El chisme era como el fuego.

-Salta. -dijo Hunter apareciendo sin camiseta y mojado.

No me lo pensé.

Me cogió con sorprendente agilidad. Sus brazos fuertes rodeaban mi cintura. Su pelo estaba mojado haciendo más oscuros los mechones rubio ceniza. Respiré hondo aspirando su fragancia masculina.

-Ya puedes bajarme. -murmuré casi sin poder hablar.

Algo muy parecido al deseo se había instalado en mi garganta amenazando con no abandonarme.

Mis pies tocaron el césped justo al momento en el que entendí por qué él estaba mojado. Los aspersores automáticos estaban tirando agua hacia arriba de todas las maneras posibles. Intenté correr pero solo me sirvió para resbalarme. ¡Por San Blas! Me caí de culo. Todo finura y elegancia de mi parte. Se carcajeó abiertamente antes de ofrecerme su mano, la cual no pensaba coger.

Me levanté sola con el morro torcida para echar a andar hacia la casa. Ese había sido mi objetivo antes del… ridículo incidente.

Al pasar por la piscina exterior, aún oía la risita de fondo así que me esperé. Me miró enarcando una ceja cuando me giré, pero fui más rápida en mis actos, más que él en su pensamiento. Lo empujé a la piscina.

A lo mejor no fui tan rápida porque me tiró con él.

Hice aspavientos, todos ellos de pato mareado, hasta que salí a flote. Claro que sí. Estaba tan indignada que era capaz de evaporar el agua de la dichosa piscina.

Se acercó a la escalera y le empujé segura de que yo iba a salir primero.

-Aisha, para. -retó entre riéndose y enfadado.

-Pues déjame a mí primero. -solté poco dispuesta a asumir mi culpa en todo aquello.

- ¿Qué haces aquí? -interrogó entonces bajando el tono.

Fui a subir pero me retuvo consiguiendo de nuevo uno de esos momentos en los que yo me quedaba bloqueada ante su cercanía.

-Para que esto salga bien hay que hacerlo como se debe. ¿Y si alguien me ve quedándome en mi casa? Parecerá que hemos discutido por la presencia de Chantal Bluen. -expliqué en una retahíla que, si bien no era mentira, no había sido ni de lejos el detonante de mi comportamiento.

Aunque debería haberlo sido.

-Podrías habérmelos dicho cuando te he dejado en tu casa. -reclamó.

-No he tenido tiempo de reacción, de pensarlo. -Mi justificación me había sonado débil hasta mí.

- ¿Y llamarme al móvil para que fuese a por ti no te ha parecido lógico? -inquirió con esos ojos de cazador puestos en mí.

-La verdad que no. -respondí quedándome tan ancha.

-A lo mejor querías ver qué estaba haciendo. -sugirió tras ese rostro pétreo que poco dejaba ver en qué diablos estaba pensado.

-Quizá. -murmuré. -Pero ahora tengo frío y voy a entrar a mi casa. -añadí.

No me detuvo y mi corazón dio un estúpido saltito de alegría. Eso tenía que significar que, por lo menos, Hunter no había tenido la desfachatez de meter a alguien en la casa y haberme dejado en mi apartamento por eso. Como si fuese un flashback, recordé que le había dicho a Miriam que cambiase las sábanas de la cama principal.

Pues nada, de cabeza ya con todo. Qué más daba si de todas formas, aquello no estaba saliendo bien.

Fui a tomarme una ducha que duró más de lo que quería admitir. Estaba intentando coger fuerzas para hacer lo que iba a hacer. Además de repetírmelo doscientas veces para autoconvencerme.

Me coloqué el pijama, el cual consistía en una camiseta blanca hasta las rodillas y un pantalón gris de chándal.

Llegué a la habitación de Hunter y abrí. Él se quedó mirándome, en silencio. Estaba bajo las sábanas, sin camiseta, mirando la televisión mientras usaba su Tablet.

Quizá esperaba que le diera una buena razón para entrar allí pero no pensaba hacerlo. Me encaminé y me metí en la cama girándome hacia el lado de la pared contrario.

Sí, íbamos a dormir juntos.

- ¿Aisha? -interrogó con una voz ronca que no esperaba.

Demasiado sexy, demasiado tentador.

-Creo que hay una posibilidad de que alguien hable desde dentro de esta casa, y dormir juntos es una forma de decirles que esto no es una farsa. -Silencio. -Te recuerdo que no solo para ti esto tiene que salir bien, yo me estoy jugando mucho. Y lo de hoy no ha salido del todo como esperábamos, lo noto. -añadí.

Me iba a guardar la opinión de que no me daba la gana de que estuviese saliendo por las noches haciendo a saber qué cuando yo me había propuesto ser bien cuidadosa en el tiempo que durase.

Ni siquiera nos habíamos casado, no podíamos cometer ningún error.

-Yo no puedo dormir con nadie a mi lado. -confesó aunque para mí era una mentira conveniente.

-Pues acostúmbrate. -sentencié dispuesta a dormirme.

A mí también me iba a costar dormir con alguien a mi lado, hacía demasiado tiempo que no lo hacía.

CAPÍTULO 13

HUNTER

Pese a lo que hubiera podido parecer en un primer momento, mi elección no había sido para nada la correcta. Por algún motivo, había ido a escoger a la más loca para hacerse pasar por mi prometida y, posteriormente, por mi mujer.

Algo había en ella que me volvía loco. Genial, yo, el reí de la calma, siempre al acecho de cosas que de normal habían pasado inadvertidas para mí: Preguntarme con quién hablaba por teléfono cuando se reía; cuestionarme qué le pasaba los días que no hacía el desayuno; irritarme con el solo hecho de que alguien del sexo opuesto le hablase con una sonrisa en el rostro.

Que sí, que estaba claro que todo eso me molestaba porque podía llegar a poner en entredicho todo por lo que yo había luchado en mi vida y que había tenido que poner en riesgo con aquel absurdo plan porque la sociedad no estaba preparada para entender que, sencillamente, yo no tenía sentimientos.

Oye, no me arrepentía de ser como era porque a mí me iba bien así.

No encariñarme con nadie.

No preocuparme más que por lo que me confería a mí.

Dejar que quien me quisiera lo hiciese sin esperar nada a cambio.

Ni un solo problema durante años donde todo el mundo pensaba que era encantador, inalcanzable, sencillamente Hunter. Pero eso había quedado atrás y yo quería darme cabezazos contra la pared aunque eso en otra época no hubiese salido de mí.

Salí de la ducha y me vestí en el baño. Una de las costumbres que había tenido que tomar como

propias ya que Aisha había decidido que nosotros teníamos que dormir juntos como imperativo. El primer día, quizá, se me hizo más extraño, pero más se me hizo que dejase de resultarme raro con tanta facilidad.

Ella llenaba la casa, la oficina, los eventos… Todo. Ella quería vivir la vida, feliz, sin preocuparse. Y hasta ahí todo estaba bien.

El problema era cuando entraba en su intención de conocerme. Yo no quería hablar de mí, pero ella tenía mucho que decir sobre eso.

-Quizá si te abrieses, no parecerías una roca. -dijo durante el desayuno volviendo a sacar ese tema. Le dediqué media sonrisa porque había una parte de mí que apreciaba su interés e incluso me daba algo de rumiar por dentro en una especie de juego entre los dos donde ella parecía una detective y, yo, a diferencia de lo que hacía con el resto de las personas, no levantaba un completo muro. - ¿Me estás escuchando? -inquirió quejicosa dándome un golpecito en el hombro.

-Sí. -contesté sin intención alguna de abrirme en ese momento. -Vamos. -añadí consiguiendo que abriese los ojos sorprendida.

- ¿A la empresa? -interrogó.

-Sí, también a eso. -admití.

Se subió al coche adoptando esa pose de observarme con cierta ilusión. Así que aunque tenía pensado que fuésemos juntos a la empresa, que ante nuestro constante revoloteo mutuo que no esperaba estaban convencidos de que nuestro compromiso era muy cierto, pero ante su rostro expectante, doblé dispuesto a llevarla a otro sitio primero.

Paré en un rinconcito de la ciudad donde vendían donuts artesanales desde hacía más de cien años. Ella miraba las paredes del local fascinada mientras jugueteaba con su pelo.

-No puedes hacer lo que quieras porque seas el jefe. -regañó riéndose.

-En realidad eso es exactamente lo que significa ser el jefe. -reproché con una amplia sonrisa.

-A lo mejor tú eres el jefe. -dijo acercándose mucho. Nosotros nunca nos tocábamos, era la única regla que teníamos en silencio. El por qué no quise, ni en ese momento, ni antes ni después, ponerme a descifrarlo. -Pero yo tengo unos contratos que elaborar y otros que revisar. -añadió.

Tocó juguetonamente con su dedo índice mi nariz y, eso, era lo más parecido a un acto de amor, no sexualizado, que había tenido en mucho tiempo.

Me puse serio, porque que aquello saliese bien dependía de que no hubiese emociones de por medio. Y era lógico que podíamos llegar a ser grandes amigos dado que me había caído mejor con su personalidad de lo que esperaba… Pero las cosas no podían confundirse.

- ¿Eres imprescindible? -cuestioné.

-Por supuesto. -contestó pestañeando ya en el coche mientras se terminaba el donut que había escogido para ella bañado de chocolate blanco. -Ya me echarás de menos.

-Seguro. -dije con un tinte de verdad.

Al llegar a la oficina, el buen rollo se acabó. A ella la absorbió alguien de su departamento y a mí me esperaba Pietro en mi despacho.

-Buenos días jefe, quizá no es el mejor despertar pero… Tenemos problemas. -anunció.

-Genial. -murmuré sentándome detrás del escritorio.

-Aisha es genial, pero la imagen que estamos dando de ella… No está cayendo de la mejor manera. -aventuró. Me puse tenso. Que dijesen algo malo de Aisha era algo que si había contemplado en algún momento al inicio del plan, a esas alturas, tan tempranas por otra parte, me molestaban profundamente. -Culpa mía, creo. -prosiguió.

-Argumenta. -exigí escueto en palabras.

-Los vestidos excesivos… Pensé que si la gente adoraba a Chantal Bluen por su estilo… Ella podría competir con eso, pero… -Hizo una pausa. -Unas pocas redes se hacen eco de la posibilidad de que ella sea una mala imitadora de Chantal que viendo que la modelo te gustaba, se intentó parecer más a ella. Hay… Chismes con fotografías de ella más elegante y formal vistiendo; comparando con ahora con el dorado y los fucsias… -Otra eterna pausa. -Se puede arreglar.

- ¿Cómo? -interrogué sin dejar que nada de todo lo que pensaba sobre que tenía un pie fuera como por su culpa la imagen de Aisha quedase tocada. Sentía tensión en cada músculo de mi ser.

-Volviendo a su imagen natural. Al fin y al cabo, casi todos los medios se hacen eco de lo diligente y estudiosa que es. El buen trabajo que hace. -respondió.

Vamos, que Aisha podía crearse una buena imagen sin mí. Claro que sí. Ella era única en su especie, todo un cerebrito digno de admirar.

-Pues deja de enviarle atuendos. -insté.

-Sí, que sea ella quien los elija mejor. -titubeó un poco y eso quería decir que tenía algo más que opinar al maldito respecto. -Mejor si se lo explicas tú porque tengo la sensación de que no le caigo ya muy bien.

-Sí, yo se lo digo. -acepté de inmediato.

Iba a echarle pero no dio tiempo. Él solo se fue ante la presencia de Crésida, a la que no esperaba, para nada, ver por ahí.

Crésida era una buena amiga, de esas que se tenían pocas en la vida. Una mujer que había hecho la carrera conmigo, se dedicaba a finanzas internas y pasaba de los medios. Nunca nos veíamos en lugares donde alguien se pudiese hacer eco, y precisamente por eso era tan extraño que

apareciese por la oficina.

- ¿Estás bien? -pregunté levantándome de la silla y cerrando tras de sí la puerta.

Antes de hacerlo, crucé una mirada con Aisha, quien enarcaba suavemente una ceja en mi dirección.

Genial, ella pensaría cualquier cosa de la visita de Crésida, porque así era ella, pensaba siempre.

CAPÍTULO 14

AISHA

- ¿Me has entendido? -interrogó Ofra observándome.

Me hablaban con sumo respeto hasta cuando yo evidentemente me equivocaba, como en ese momento: Yo era la que no estaba prestando ni puñetera atención porque parecía un suricato intentando saber quién era la mujer que había entrado en el despacho de Hunter.

- ¿Me lo repites? -cuestioné.

-Que tienes que enseñar al abogado junior. Se llama Vic. -Respiró y me sonrió forzadamente. Bueno, que tampoco se hiciera la digna que yo había tenido que explicarle como se escaneaba un documento por dos caras sin tener que sacarlo de la impresora unas dos mil veces desde que había empezado a trabajar allí. -Ese es el resumen. Lo que no sé es que pinta otro abogado. -murmuró.

Caí en ese detalle dejando de hacer el avestruz, que significaba sacar la cabeza de mi cubículo y estirar el cuello para intentar enterarme de algo, para prestar atención en por qué de repente necesitábamos otro abogado.

-Encantado Aisha, estoy de verdad muy feliz de ir a trabajar contigo. -La presentación del chico fue entusiasta.

No debía llevarle más que dos años. Su altura era imponente y su pelo era castaño como el mío. Una complexión corriente y una cara de bonachón.

- ¿Cuánto tiempo hace que te independizaste? ¿Un año? ¿Dos? -pregunté curiosa.

Le sorprendí. Pero yo era así, siempre me fijaba en pequeños detalles que para mí delataban a las

personas.

- ¿De dónde sacas eso? -preguntó jovial.

-Es evidente que tienes ilusión por el trabajo, así que, dado que vienes de junior, es que tampoco te hace falta muchísimo dinero. No tienes cargas así que no tienes independencia o la tienes suficiente poco tiempo como para haberte metido en algún marrón económico. -Se rio. -Y vas con sonrisas por delante que son poco decorosas así que aún no has aprendido a ver con quién sí y con quién no puedes ser tú mismo. -zanjé.

- ¿Y contigo puedo o no puedo? -cuestionó. Me quedé callada. -Digo, vas a ser mi mentora en la empresa, pero si lo eres en la vida… No diría yo que no. -comentó jocoso.

Me reí un poco aunque no solía hacerlo en la empresa con frecuencia. Era ocurrente, fresco.

Mi diversión duró poco pese a que Vic estaba esperando mi respuesta, pues la puerta del despacho de Hunter se abrió y esa mujer salió.

Medía unos diez centímetros más que yo; su complexión era delgada cual gacela; y tenía el pelo anaranjado con un corte muy militar. Salió en silencio, seria, y solo hizo una inclinación de cabeza hacia Hunter, quien se asomó un poco como comprobando quién había sido espectador de esa salida. Nuestras miradas se cruzaron por unos segundos, pero se volvió a meter y cerró de nuevo.

-Yo no voy a contar nada de lo que me cuentes, pero aquí las paredes tienen oídos. -respondí tras suspirar.

-Y yo, ojos. -contestó llamando mi atención.

Le miré y me di cuenta de lo perceptivo que era él también con su alrededor.

- ¿Cuándo salió tu puesto? -pregunté reconociendo que sabía poco sobre ese tema.

Demasiado iluminada con fiestas y vestidos de color donde el dinero se derrochaba “en favor” de

alguna causa noble que después favorecía enormemente a los negocios de quienes asistían. La hipocresía de los círculos sociales altos, como siempre lo había visto.

-Supongo que cuando la boda sea oficial, a lo mejor para la luna de miel, necesitarán que alguien se quede al tanto de las cuestiones legales. -explicó.

Como si me hubieran dado un sartenazo en un ojo, caí en que yo no estaba haciendo mucho para conseguir un nuevo trabajo, nuevas oportunidades, pero Hunter Rill se estaba asegurando de que cuando aquello terminase y las condiciones de ambos se cumpliesen, tuviese un abogado preparado para sustituirme.

¿Y si le daba todo exactamente igual?

¿Y si todas las veces que yo había pensado que quizá no hacía falta que en el futuro me fuese de modas Hunter habían sido puntos de poca lucidez mía?

Estaba enfadada, y a mí eso no se me pasaba con facilidad. Para mi desgracia.

- ¿Sabes Vic? Tenemos que ponerte a punto. La gente en modas Hunter te parecerá encantadora, pero las personas con las que de normal tratarás para los acuerdos, es odiosa. -dije con sinceridad.

- ¿Los abogados no somos como el diablo para los tramposos? -cuestionó volviendo a reírse.

-Sí. -admití tranquila.

Vic era sencillo de llevar. Me seguía, prestaba atención, y tenía unos altos conocimientos que valoraba. Además, no estaba quemado.

-Te veo entretenida. -intervino de pronto Hunter. Consiguió que ambos levantásemos la cabeza interrumpidos. - ¿Nos vamos? -cuestionó con su mirada felina sobre el nuevo aunque se refería a mí.

Recogí todo rápido.

-Vic, nos vemos mañana. Has hecho un trabajo excepcional hoy. -remarqué.

Fui hasta el coche pensando en mis propias cosas.

-Te llevas bien con el nuevo por lo que veo… -dejó caer Hunter.

¿De qué coño iba? ¿Pidiendo explicaciones?

-Me extraña que te hayas dado cuenta de eso, has estado ocupado con tus propios asuntos… -Silencio absoluto en el coche. -Además, has sido tú quien ha olvidado mencionar, pese a que vivimos juntos, que hoy iba a entrar el abogado nuevo. Sí, ese que me sustituirá. -ataqué procurando sonreír.

-Te recuerdo que es condición tuya y no mía poder salir de mi empresa cuando termine nuestro matrimonio. -contraatacó.

- ¿Y no puede haber variado nada? -interrogué contrariada.

Me molestaba que siempre hiciese como si los momentos que íbamos acumulando no significasen nada, no cambiasen absolutamente nada.

- ¿Tú me has dicho que haya cambiado algo? -cuestionó.

Bufé cual caballo antes de ponerme a mirar por la ventanilla. De reojo, comprobé que, pese a su postura relajada, los nudillos estaban blancos de apretar el volante.

Instintivamente, respiré antes de acomodarme y pasar mi mano izquierda hasta su nuca para empezar a acariciarle con suavidad dejando que mis dedos se perdiesen y se encontrasen desde su nuca hasta el centro de su cabeza. Él se relajó, lo podía notar el silencio casi erótico del cubículo.

Casi.

Me quedé conteniendo la respiración sin dejar de acariciarle, sabiendo que si paraba, dejaba el

único contacto que teníamos.

Al llegar, retiré mi mano, y él bajó del coche como si no hubiese pasado nada.

Entramos en la casa y Fiona perdió el culo para atender a Hunter. Lógicamente, no supe qué fue lo que le dijo, pero tampoco me preocupé.

Fui directa a la ducha porque necesitaba entenderme en soledad, sin que pudiera nadie preguntarme o dirigirme la palabra. Al final, para mí sí que había significado algo lo que acababa de pasar porque lo cierto era que mi corazón latía irregularmente cada vez que algo se salía fuera de lo que yo consideraba normal incluso si fuésemos amigos.

Al bajar, encontré una de esas escenas para las que no estaba preparada: Hunter estaba en la cocina terminando él mismo la cena.

- ¿Te has vuelto chef? -inquirí sonriente.

-Hago lo que puedo. -respondió con las mejillas algo encendidas.

No era habitual en él.

-Seguro que está bueno. -felicité antes incluso antes de probarlo.

-Come y calla. -dijo riéndose.

- ¿Dónde naciste? -cuestioné mientras devoraba el plato de pasta.

- ¿Dónde crees que nací? -inquirió.

-Que no se sepa con exactitud quiere decir que no fue en una gran ciudad como esta. -respondí concienzudamente. -A lo mejor en un pueblito, pero que la empresa sea heredada… Se retiraron para dar algo de privacidad al hecho de tener un niño. -aventuré.

-Cerca. -respondió.

- ¿Y quién es la chica de esta mañana? -pregunté. No dijo nada. -Digo, tiene que ser cercana para que haya entrado a ese despacho y no fuese un tema de negocios. -añadí.

- ¿Quién te dice que no era de negocios?

-Te conozco lo suficiente para saber que ese no es tu modus operandi. Y nadie sabía quién era. Yo que soy tu prometida, no sé quién es. -aclaré.

-Perspicaz. -afirmó.

Y así se terminaba de nuevo otro intento de conocerlo. Siempre igual, un callejón sin salida.

CAPÍTULO 15

AISHA

Me levanté sola en la habitación. Hunter solía irse a correr muy temprano y yo lo prefería porque no sabía qué se suponía que tenía que hacer si le veía durmiendo como un angelito, relajado, menos jefe, más prometido.

¡Qué no era mi prometido por todos los clavos de Cristo!

El teléfono empezó a vibrar justo cuando yo me había levantado por lo que giré dándome justo en el dedo meñique con la pata de la cama.

Eso sí que era un método de tortura.

Me caí y el móvil salió algo volando por lo que me tiré cual jugadora de rugby a por él cayendo, por suerte, en el centro de la cama. Lo cogí justo cuando la persona que llamaba colgó. Genial, para eso casi me rompía la crisma.

Mi madre.

Rodé los ojos un poco hasta ponerlos en blanco aún sabiendo que no era del todo justo. Sabía qué me iba a decir y había estado evitando adrede entrar en el grupo familiar para que vieran que no había leído los incesantes mensajes sobre que iba a ser el cumpleaños de mi primo Jacob y que se iba a hacer una barbacoa en la granja familiar.

No solía ir a esas cosas desde que me había mudado por falta de tiempo. Siempre pendiente de lo que modas Hunter pudiera necesitar para ganarme el sitio que me estaba jugando por hacer de futura esposa de un tío que, si era sincera conmigo misma, tenía suficientes ramalazos extraños como para plantearme si no estaría mal de la cabeza.

-No mamá, es imposible cuadrar nuestras agendas. -dije para escuchar otra retahíla sobre lo importante que era la familia. Yo sabía que así era pero precisamente por eso no pretendía ir. -Es imposible que Hunter se ausente dos días así que, aunque yo sea su prometida, como mucho podré acercarme y volver. -aventuré.

Dar esperanzas estaba mal pero era lo único que se me ocurría para dejar de lado aquella conversación.

Sin esperarlo, alguien cogió mi teléfono. Me giré rápido para encontrar a Hunter colocándose mi smartphone en la oreja.

-Sí señora, ahí estaremos. -afirmó aunque yo no podía oír lo que mi madre, seguramente flipando, decía al otro lado. -Pásame la ubicación ahora mientras hablamos que sino no me la va a pasar. -aseguró.

-Hunter. -murmuré amenazante.

Él me ignoró, por supuesto, aprovechándose de la diferencia de altura para trastear el teléfono.

-Ya lo tengo. Allí estaremos entonces antes de que prenda la primera chispa de la barbacoa. -aseguró encantador.

Nada más colgar, tendió el dispositivo hacia mí. Y se volvió para irse. Le seguí y le pegué un pequeño puñetazo en el hombro para llamar su atención. Enarcó una ceja como siempre lo hacía.

-No tienes derecho a hacer eso. Es mi familia. -señalé enfadada con la libertad que se acababa de tomar.

-Si pretendes echarme la culpa ante ellos, no me estás dejando al margen. Haz la maleta Aisha mientras arreglo la agenda, ahora vengo a por ti. -concluyó.

Él era malditamente así y yo ahora tenía que ir dos días a la granja familiar.

¿A hacer qué? ¿Mentirles en todo? ¿Escuchar reproches?

-Aisha. -Leo se acercó a mí ya en la escalera para coger mi equipaje.

-Que no soy ninguna pobrecita que no pueda bajar su maleta sola. -reté.

-Pero es que me pagan por hacerlo. -explicó.

- ¿Y si me gusta llevarla a mí? -cuestioné, producto de mis nervios.

No quería ir a la granja familiar.

-Leo, ya la bajo yo. -soltó Hunter apareciendo como siempre cuando menos me lo esperaba. -Quita esa cara. -añadió.

Me subí al coche dispuesta a ignorarle pero ante su intención de dejar que el silencio se instalase durante todo el maldito viaje, y había un buen trecho hasta la granja, me giré violentamente hacia él.

- ¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Cuál es el plan? Se darán cuenta de que entre nosotros no hay nada. -argumenté subiendo un poco el tono.

-La gente ve lo que quiere ver, te lo aseguro. Y no hay motivo para que quieran ver qué esto no es lo que decimos que es. -respondió tranquilo.

¿Por qué siempre parecía que lo tenía todo bajo control? ¿Cómo se podía tener controlado algo que no estaba en su mano?

Dejé que pasase un poco el tiempo, quizá reflexionando, quizá solo intentando no volver a explotar.

-Nací en esa granja. -comencé a decir consciente de que si no le contaba nada sobre mí, mi familia indagaría hasta pensar, con mucha suerte, que me estaba cansando por conveniencia y a él le valía.

No quería que todo el esfuerzo que había realizado en mi trabajo, de ese que se quejaban

constantemente y que me había apartado un poco de mi familia, quedase reducido a que me había ligado a mi jefe y no siquiera había sentimientos reales de por medio.

Chasqueé la lengua.

-Continúa. -alentó.

Era como si su tono le restase importancia a que me dijese que quería saber.

Era por el plan, debía tenerlo claro porque luego me exponía a un descalabro emocional, otra vez. Cómo siempre pasaba con Hunter

-Mi padre fue un hombre de negocios desde muy joven, pero siempre volvía al pueblo para ver a mi madre, quien era veterinaria, bueno, lo sigue siendo. -Respiré hondo. -Siguieron una relación hasta que él entendió que viviendo lejos su relación se enfriaba. Decidieron aprovechar ambos mundos y montar la granja ecológica que aún sobrevive. La familia entera vive de eso, o al menos los de su generación. Algunos de mis primos han ido al extranjero a estudiar, como yo misma hice. -expliqué.

- ¿Cuántos de ellos viven cerca o visitan a menudo la granja? -interrogó.

-Todos, la que menos va soy yo. -Le miré sabiendo que él era un gran culpable de eso. -Una vez en verano y otra en navidad. -No dijo nada. -Los dos únicos días en los que me ausento de tu empresa.

- ¿Me estás diciendo que es mi culpa que no estés con tu familia? -interrogó desviando solo un poco la vista de la carretera. No dije nada. -Tú eliges lo que haces en tu vida, y ser el o la mejor en algo, requiere sacrificios. -afirmó contundente.

- ¿Y tú qué se supone que has sacrificado? -pregunté pensando en la patada de banco que acababa de meter sin sentido.

¿Me estaba diciendo que yo no sacrificaba suficiente?

-Yo he sacrificado mucho más de lo que entenderías, y tengo mis propios motivos. -remarqué.

-Va a salir bien. -aseguró de nuevo.

Puse música. Afinaba sus gustos porque eran muy parecidos a los míos. Notaba cuáles eran más de su agrado y, sin pretenderlo, las anoté mentalmente para recordarlo.

La entrada a la granja empezó a revolverme por dentro. Me removí en el asiento exteriorizándolo.

-Hunter, cuida lo que dices, y tu genio. -solicité.

- ¿Yo? Sí soy un angelito. -respondió con gracia.

Intenté no hacerlo, pero me reí.

Justo entonces alguien tocó la ventanilla del coche sobresaltándonos.

Hunter frenó, mi primo saltó para no ser atropellado y mi madre junto a mis tías gritaron.

Una puta entrada triunfal.

Dejé salir una bocanada de aire y bajé del coche antes de encaminarme a los brazos de mi padre. Estaba muy contento de verme mientras mi madre estudiaba de arriba a abajo a Hunter.

Mis primos de la misma edad decían cosas sobre lo mucho que me había perdido en las últimas quedadas familiares o lo mucho que me valía no haber contado nada de mi sería relación con un hombre tan influyente.

Los más pequeños son revoloteaban seguidos por los cachorros de mastín sin alejarse mucho de los mayores.

-Me sorprende conocer al hombre que ha conquistado a mi niña. -aventuró mi padre dándole la mano.

-Y a mí que exista alguien tan metido en su trabajo como ella. Aunque supongo que esa misma esclavitud laboral es la que os ha llevado hasta donde estáis. Veremos. -murmuró mi madre.

Empezaban las frases que eran reproches camuflados.

- ¿Podemos hablar? -interrogué hacia mi madre.

Sabía perfectamente que mi familia se movía como un enjambre de abejas. Sí mataba a la reina, también al resto. Mi madre era esa reina y aunque no pensaba matarla literalmente, sí quitarle las ganas de arremeter sin medida contra "nuestra relación".

-Esa boda es un error. -confirió en cuanto estuvimos a solas en la cocina.

-He pasado muchas horas con él. -respondí justificándome.

-Es tu jefe, tu error es tu jefe. -repitió.

-Mi prometido es mi jefe, y sí, no es muy adecuado que así sea. Estamos mirando opciones, yo las estoy mirando. -rebatí.

-Es curioso que le hayas dedicado tantísimo tiempo y esfuerzo a esa empresa para después dejarla sin más. -atacó.

- ¿No puedes alegrarte simplemente porque haya venido? -claudiqué cansada.

-Me alegro de que estés aquí pero no quiero que te equivoques en algo tan importante como unir tu vida a alguien.

-Todo está bien mamá. -mentí.

Mi error era el jefe y yo lo sabía, pero me veía incapaz de hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 16

AISHA

Hunter con un vaquero normal y una camisa de cuadros de rancho semi abierta era lo más sexy que había visto en mi vida.

Pero si eso, por el simple hecho de verle con otros atuendos, podía habérmelo imaginado, lo que me tenía totalmente descolocada era su actitud.

De un momento a otro se volvió Hunter, el que todo el mundo adoraba porque sabía exactamente qué decir según con quién estuviese hablando.

A mí padre de rugby, a mis primos de música, a mis tías de lo mucho que me había resistido a sus encantos y como mi intelecto era lo que más le había hecho insistir en mí

Yo no era más que una espectadora de todo aquello y no paraba de preguntarme si siempre había sido tan fácil ganarse a mi familia como era que yo me sentía juzgada y con desaprobación en cada una de las decisiones que tomaba.

Acabé por alejarme un poco del jaleo. Una vez terminada la barbacoa y en pleno jolgorio de cantes con guitarra alrededor del fuego, era un buen momento para perderme conmigo misma por el único lugar que echaba de menos de allí.

El lago estaba tranquilo, con la luna reflejando en él consiguiendo que pareciese que estábamos alumbrados por una lámpara gigante. Sonreí ante mí ocurrencia.

-De las pocas que te veo. -intervino Hunter apareciendo de la nasa a invadir mi intimidad.

- ¿De las pocas qué? -cuestioné entrando al trapo porque cuando él me hablaba me parecía imposible no hacerlo.

-Sonrisas. -explicó. No dije nada así que me dediqué a cenar de nuevo la vista en el agua. -Últimamente parece que no te agrada como antes mi compañía.

Sus palabras rebotaban con fuerza dentro de mí.

-Vamos Hunter. Tú nunca has disfrutado de mi compañía, ni de mi sonrisa. -solté sintiendo el sarcasmo debajo de mi piel como si quemase. -Solo que eres un perfecto actor, incluso en la vida personal. Eso sí, siempre que haya mínimo un espectador. -remarqué.

Eso último me salió del alma por cómo cambiaba de la noche a la mañana, sin motivo ni explicación de una forma que yo ya no podía ni quería entender.

Era agotador.

-Siempre he sido como estoy siendo. -dijo como si eso fuese alguna clase de reproche.

¿Reproche hacia mí?

Tenía que tener valor.

- ¿Y entonces la culpa es mía? -cuestioné.

-A lo mejor vuelcas unas expectativas en mí que… -Se quedó callado unos instantes. -A mí me… Gusta que este proceso esté siendo junto a ti. Eres una máquina. -contestó.

¿Una máquina?

-Pienso que solo cortan los vasos rotos. -solté de pronto para después dejar salir un suspiro.

-Explícate. -solicitó.

-Entiendo que esa coraza es por algo, pero a veces me cuesta mucho saber hacia dónde vamos. Somos un “nosotros” en muchas ocasiones pero en otras estás en tu papel de tal forma que creo que no haces vínculos hagamos lo que hagamos. -dije.

-A lo mejor es que soy así de siempre y no soy tan complicado como te estás planteando. Lo sobrepiensas todo demasiado. -remarcó.

Me sentí ofendida.

- ¿Nunca le das vueltas a nada entonces? Pregúntame algo. -murmuré sintiendo que ya perdía la voz de alguna forma.

-No sabría qué preguntarte. -afirmó.

-Entonces no te interesa nada sobre mí. -remarqué torciendo el morro.

-Lo que me quieras contar, me lo cuentas. -concluyó.

-Siento que doy todo lo que puedo para conocerte, porque veo que nos parecemos en muchas cosas pero… Quizá no entiendo de qué huyes para estar siempre en movimiento. Estoy viendo que eres inaccesible, y yo necesito que me dejes saber si soy igual al resto de personas pero envuelta en una situación que te obliga a tenerme cerca, o si hay algo de diferente en mí. ¿Te fijaste en mí por algo más que porque estuviese siempre disponible para tu empresa y sola? -interrogué.

No dijo nada.

Me guardé las ganas de llorar porque no iban a servir de nada.

-Estoy teniendo esta conversación contigo, eso debería ser suficiente indicativo de que no eres igual a los demás. -respondió tras mucho silencio.

- ¿Entonces con que me dediques diez minutos de bronca de tu tiempo es suficiente? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué sueños tienes? -pregunté en un intento, porque cuando alguien te gustaba, porque sí, a mi Hunter Rill me gustaba irremediablemente, hacías intentos absurdos como si las cosas que no se habían dado de forma natural, se fuesen a dar.

-Ya sabes más cosas que la gente externa, ya te lo he dicho. Soy simple. No pienso tanto las

cosas como tú crees. -recalcó.

-Por eso has llegado a ser el hombre de éxito que eres, el inaccesible… Sin pensar. Ya. -concluí dándome por vencida.

Dejé el lago atrás sintiendo que, sin podérmelo creer estaba igual de perdida que hacía diez años cuando había decidido dejar el pueblo para buscar lo que yo creía que eran mis sueños.

Pasé de largo la pequeña fiesta para ir a la casa y llamar a Janet pero luego recordé que ni ella podía saber cómo se habían dado las cosas y me encerré un poco más en mí misma.

Tras considerar que me estaba poniendo demasiado emocional para lo que debía significar aquel acuerdo decidí salir a sentarme con la mejor cara que debía sentir. Sí, si Hunter se sentía incómodo no iba a salir bien.

Le acaricié el pelo como si fuese la perfecta enamorada y él solo desvió la vista hacia mí. Posiblemente se preguntaba si estaba loca, pero no lo estaba, solo necesitaba que eso fuera creíble.

Cuanto más creíble fuese, más posibilidad tendría de hacer una buena relación con el magnate de mi futura profesión. Eso era lo que yo debía sacar a cambio y me había perdido en algún punto del camino.

Mi primo Raphael decidió que no podíamos irnos del rancho sin pasear a caballo así que preparó las monturas mientras que Hunter no rechistaba ni un poquito.

Subí a “Nube”, mi yegua, para ponerme a pasear. Él sabía montar a caballo, claro que sí. Dejó que ambos fueran al mismo paso mientras que el resto de la familia se dispersaba.

-No hacía falta venir aquí, eso es lo único que quería decir antes. Que si esto es lo que es, no hace falta meter de más mi vida personal… -expliqué.

Cuanto menos implicación familiar tuviese, más fácil sería después la ruptura. Estaba convencida

de que si nos pasábamos fingiendo tantos meses hasta que pudiésemos vivir y hacer vidas separadas sin que la prensa se hiciera eco… Iba a doler. Con que me doliese a mí, iba a ser suficiente. No quería a mi familia lamentándose de haber perdido a un yerno inolvidable.

Puse los ojos en blanco ante ese pensamiento. Hunter se carcajeó llamando mi atención.

-Vamos Aisha, una carrera hasta el lago. -picó.

Y le seguí. Mierda. Mi corazón respondía a cada cosa que decía por mí sin mi permiso.

CAPÍTULO 17

AISHA

Desde que habíamos vuelto de esos dos días, me encontraba más de una vez mirándolo en la distancia preguntándome por qué no podía ser.

De alguna forma, se había instalado en mí una idiota esperanza de que la casualidad hubiera hecho que ambos nos juntásemos para que naciese algo más.

No iba a pasar.

Despejé mi cabeza incluso negando físicamente cuando para centrarme en mi agenda del día. El evento que tocaba ese día era un desfile de moda. Chantal Bluen era una de las protagonistas que saldría encima de la pasarela.

Genial, absolutamente genial dado el momento. Si montaba un circo seguramente me crecerían los enanos.

Me mentí en Internet, porque me era imposible no hacerlo, para ver qué pensaba la gente. Lo veían como un combate a muerte.

- ¿Qué se creen que va a pasar? ¿Me pongo de accesorios unos guantes de boxeo? -inquirí en alto intentando gastar un poco de oxígeno con tal de relajarme.

-Estaría bien. -respondió sorpresivamente Leo.

Me sobresalté, claro que sí.

-Un día me vais a matar de un infarto, y ni siquiera será vuestra culpa. Me sigo sorprendiendo pese al tiempo que llevo en esta casa. -solté mordiéndome el labio.

-A alguna le darías una alegría. -respondió.

Me reí pensando en Fiona. Era de su familia, pero él veía lo mismo que yo: Ella iba a por él sin importarle mi presencia en absoluto. Eso sí, significaba que le conocía bien poco porque Hunter nunca estaría con alguien con relación de superioridad. Bueno, yo era su empleada, pero no nos unía una relación así y… Lo nuestro había surgido por casualidad, como una farsa.

Porque todo seguía siendo una farsa… Y a mí jodidamente se me olvidaba.

- ¿Has dicho algo? -pregunté viendo cómo Leo me miraba y yo me había quedado absorta en mis pensamientos.

-No deberías… -murmuró para después quedarse callado.

-Habla. No voy a decirle nada a Hunter. -dije sabiendo por qué se quedaba en silencio.

-No deberías enamorarte de él. -admitió con cara de disgusto. -Llevo aquí mucho tiempo y no le he visto nunca con una mujer, involucrado. Ni siquiera con amigos muy cercanos.

-Crésida. -dije esperando saber algo de la única persona que se salía del esquema.

-Ellos sí que son amigos, pero porque ella consiguió pasar la barrera del enamoramiento e hizo su vida sin desaparecer del todo pero manteniendo cierta distancia. -explicó.

- ¿Por qué me cuentas esto? -cuestioné.

-Porque no le necesitas, eres una buena abogada. Y creo que no vas a salir entera de esta situación como para “aprovechar” esa nueva escala social. -respondió con sinceridad.

-Lo sabes. -murmuré.

-Somos el servicio veinticuatro horas, lo sabemos todo. -aseguró.

- ¿Y qué sugieres? -inquirí.

-Que vuelvas a considerar tu posición. Es un consejo, pero no tienes por qué hacerme caso. -contestó tranquilo.

Oímos ruido y se levantó para irse.

-Nos vamos en una hora. -dijo Hunter sin detenerse a mirarme.

¿Cortaba una conversación con solo su presencia? Maravilloso.

Subí para ponerme un vestido negro con tacones altos, un cinturón con flores beige y un tocado con los mismo en mi moño. También me pinté incluyendo unos labios rojos fuerte que no dejarían indiferente a mi imagen en el espejo.

Salí encontrándolo perfectamente vestido con un traje negro y una camisa azul marino. Quedarme ensimismada durante unos segundos no me ayudó porque calaba en mí aún más lo cierto que era que estaba cayendo completamente enamorada.

-Estoy lista. -anuncié intentando no mirar hacia ninguna parte en particular.

Hunter dio dos pasos hacia mí quedándose tan cerca que nuestras narices prácticamente se rozaban. Aspiré su fragancia masculina e incluso cerré los ojos para guardarla en mi memoria.

Pasó sus manos por mi cintura hasta desabrocharme el cinturón y dejarlo caer al suelo. El vestido caía entonces sin ajustarse hasta debajo de la rodilla.

-Así está mejor. -susurró. Se acercó más, tanto que puso sus labios rozando el lóbulo de mi oreja. Una de sus manos sacó el tocado de mi moño consiguiendo que el pelo cayese sin ningún rumo en tirabuzones. Alzó la otra mano para poner el cabello en dos mitades hacia delante. -Así estás perfecta. -añadió.

Le miré sin entenderle y, antes de poder responder nada, su boca inundó la mía con suavidad. Busqué despertarme por si estaba soñando, pero era real, tanto que alcé mis manos para cruzar las muñecas alrededor de su cuello, acercándolo aún más a mí. Y no quería ir a ninguna maldita

parte.

-Hunter…

-Tenemos que irnos. El desfile empezará sin nosotros. -aseguró girándose hasta ir al coche sin volver a mirarme.

Mis piernas temblaban de forma que mis tacones amenazaban con tirarme a cualquier parte sin ningún tipo de decoro.

Ya en el coche, me planteé si sacar el tema, pero sabía perfectamente que si lo intentaba, se alejaría más. Era fácil sentir ese muro que era tan difícil de bajar pero muy fácil de subir.

Sin previo aviso, tocó mi mano con la suya dejándola apoyada en mi muslo. Acerté a estirar la mano para rascar su nuca con suavidad.

Veía el GPS desde mi posición. Conforme esa maldita flecha azul estaba más próxima al globito que era mi destino, más removida estaba por dentro. Era como si todo fuese a desvanecerse, estábamos dentro de una burbuja que se iba a explotar más temprano que tarde.

Al bajar del vehículo, pese a que precisamente allí deberíamos parecer una pareja ejemplar, noté como la conexión se perdía.

La noche estaba estrellada, preciosa. Me sentí observada por la prensa y me aferré al brazo de Hunter con más fuerza. Él ya no me miraba, solo se dedicaba a estudiar el entorno.

Le preocupaba la opinión pública, no yo. No sabía cómo plantearme entonces lo que para mí, para mi alma, había significado ese momento. Había sido esa clase de momentos que se guardaban en el corazón como si fuesen exactamente el tipo de cosas que en unos años se recordaban como el principio de una historia apasionante y única.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta para después sonreír lo mejor que pude y empezar la misión que debía sacar de todo eso.

No iba a ganar el amor de Hunter, porque él solo se quería así mismo y a la opinión que los demás tuvieran de él.

Pero podía ganar una posición más alta para hacer mi trabajo, ese que sabía hacer tan bien. Merecía más laboralmente, iba a conseguirlo.

CAPÍTULO 18

AISHA

El final de la noche se produjo de la mejor forma, dadas las circunstancias, posible.

Había conseguido entablar conversaciones con una mujer, Hilda Frypter, que llevaba un famoso despacho de abogados para alta joyería y galería de arte.

Creía que ahí podía estar mi futuro.

Salí volviendo a ser felicitado por uno de mis principales interlocutores de la noche, Eric Swarc, al que había descartado por la forma en la que me había estado mirando. También hablando, como si echarme piropos convalidase mi trabajo.

Encontré a Hunter para enhebrarme a su brazo, como si no le hubiese visto toda la noche haciendo como si no existiese, y salimos del recinto. Nada más salir del edificio, me soltó la mano.

- ¿Estás enfadado por algo? -cuestioné irritada porque me dejara atrás.

-Si él no está dispuesto a complacerte, yo… -Un borracho se acercó a mí.

Hunter se interpuso inmediatamente entre los dos.

-Vete. -exigió manteniendo la calma solo en apariencia.

Notaba como se elevaba su pecho y se tensaba cada músculo de su espalda.

El borracho fue a golpear primero. Paró el golpe y le propinó un puñetazo.

Inmediatamente después, cogió mi mano y nos largamos hasta el coche, donde él empezó a conducir hacia algún lugar que enseguida noté que no era su casa.

Le dejé hacer por un rato.

-No hacía falta que te pegases con él. -comenté mordiéndome el labio.

-Si quieres dejo que se acerque más a ti. -rectificó irónico.

-Pero no te corresponde a ti pegarte por mí, en ninguna circunstancia. -aclaré.

Quería sentir que era su deber protegerme, pero tenía que entender, por mi propio bien, que no era así.

-Si tocan lo que es mío, lo defiendo. -dijo con severidad.

- ¿Y yo que soy tuyo? -cuestioné sin poder evitarlo.

-Pues eres tú Aisha, mi falsa prometida, mi futura falsa mujer. Somos un equipo. -respondió.

Y eso era todo.

Me apoyé en la ventanilla del coche sin ganas de seguir hablando. Él siguió conduciendo en silencio y yo lo agradecí.

¿Dónde íbamos?

Solo el diablo, bueno Hunter, lo sabía.

Su mano en mi rodilla me despertó dejando claro que me había quedado profundamente dormida. Y eso significaba dos cosas: La primera que me remordía el poder haber hecho el ridículo roncando o algo así; La segunda, que habíamos tenido que ir bastante lejos para que yo cayese rendida de esa forma.

- ¿Dónde estamos? -pregunté intentando ponerme en ubicación y lucidez rápido.

-En un pueblito. Vamos. -respondió bajándose del coche.

Eché un vistazo desde el mirador en el que había aparcado para encontrarme observando un

lugar lleno de luces pequeñas iluminando las fachadas de casas blancas donde habían pintado en grafiti verdaderas obras de arte.

Las olas eran la banda sonora de fondo y yo, como si no hubiese otra opción mejor, le seguí tranquila para verlo todo más de cerca.

-Este es muy bonito. -dije frente a un grafiti de una mujer leyendo y al fondo un hombre sonriendo mientras la miraba.

-Sabía que te iba a gustar. -respondió sobrado.

- ¿Cómo ibas a saberlo? -inquirí con ese fuego que no se terminaba de apagar nunca con él.

Hacía eso todo el rato. Darme algo precioso que atesorar para después alejarse tanto que dolía.

-Aisha, ya. -dijo poniéndose a mirar su móvil.

¿Ya qué? ¿Ya a mis sentimientos? ¿A su incoherencia?

Tuve que retener de nuevo las ganas de tirarle un pedrusco a la cabeza. También las de llorar. Y entonces me reafirmé en lo bien que lo había hecho en la fiesta.

-Me quiero ir. -anuncié procurando que las palabras no sonasen agresivas ni urgentes.

-Acabamos de llegar. -respondió enarcando una ceja.

-Si estás cansado puedo conducir yo la vuelta. -atajé notando como, por muy calmada que aparentase estar, me temblaban las manos.

- ¿No quieres ver más del pueblo? -preguntó en un tono que dejaba cristalino que estaba molesto con mi intención de volver.

Ese ya no era mi problema. Nunca lo había sido.

-No. -respondí.

-Estamos tardando entonces. -soltó de mala gana.

Por supuesto, se puso él al volante.

-Puedo conducir yo.

-No quiero que conduzcas. -remarcó siseante.

-Claro, no vaya a ser que cedas un milímetro el control de algo a alguien que no seas tú mismo. -ataqué.

Se suponía que no iba a picar en discutir. Alguien sabio dijo una vez que, quien da portazos es porque en realidad no se quiere ir; quien desea salir simplemente desaparece sin hacer ningún ruido. Los primero esperan una reacción del otro; Los segundos saben que el corazón tiende a quedarse ante el mínimo atisbo de esperanza, real o no.

Llegamos a la gran casa muchas horas después, por mucho que lo había intentado, para pasar más rápida aquella tortura, no había conseguido dormirme.

Se bajó sin dirigirme la palabra y supuse que mantener yo el silencio era la mejor opción.

Deambulé por la casa, con los tacones en la mano, sopesando mis opciones: ¿Dormir juntos? ¿Entrar a por el pijama que se había quedado allí?

Negué con la cabeza antes de meterme a la ducha, para quitarme los momentos de la mente. Me resbalé con el puñetero jabón creando una escena rocambolesca en la que me pregunté si no estaba siendo dramática de más y al final me iba a matar sin querer para que quedase en plan una muerte patética. No y no.

Me envolví en la toalla agradeciendo que fuese grande porque era con lo que iba a salir. Acabé por ponerme una película de fondo para dormirme con una sábana como única vestimenta tras cansarme de sentir mojada la toalla.

Un ruido espantoso sonó dentro y fuera de mi sueño. Me levanté de golpe y vi a Leo con la

aspiradora en la mano. Parpadeó como si estuviese sorprendido. Solo entonces recordé que había dormido desnuda.

Busqué la sábana en el sofá y me la puse como quedó por encima.

- ¿Se puede saber qué hacéis? -inquirió Hunter mirando de uno a otro con cara de pocos amigos.

-Yo no sabía que ella estaba dormida aquí. -titubeó Leo ante el jefe. -Ni desnuda. -añadió para después poner cara de circunstancias por haber nombrado mi desnudez.

- ¿Aisha? -interrogó Hunter hacia mí.

- ¿Has salido ya del cuarto? Mejor. -contesté todo lo digna que pude para irme hacia la habitación con intención de cambiarme.

Sí, la elegancia en persona. Me di un golpe mentalmente en la frente por tener esa costumbre de hacer el ridículo justo cuando estaba intentando quedar más digna.

Notaba las mejillas encendidas mientras buscaba qué ponerme. Unos vaqueros claros y una camisa azul con las zapatillas blancas fue el atuendo que primero salió del armario.

Mientras me abrochaba la camisa, Hunter entró.

-Pero espérate. -exclamé dándome, o intentando darme, más prisa en tapar mi sujetador.

-Que te vea desnuda Leo sí, que te vea yo en sujetador es un problema. -soltó sorprendiéndome.

-No te montes películas. -aclaré bufando. Solo quería salir de allí para volver a tener aire en los pulmones. Pero mi mente siempre quería explotar en el peor momento así que me paré al pasar por su lado, ya que estaba apoyado en el marco de la puerta con una mano. Y le miré desafiante a los ojos. -Y tampoco es de tu incumbencia. Ellos saben que es mentira lo nuestro. -espeté.

Contra todo pronóstico, me cogió de la cintura para girarme hacia él.

-No pueden saber que es mentira si no es cierto que lo sea. -murmuró tan cerca que si tenía algún

sentido no era capaz de verlo.

Su boca inundó la mía.

CAPÍTULO 19

AISHA

Perderme en la boca de Hunter no era que hubiera planeado. De hecho, me venía mal sentir su fragancia cerca de mi cuerpo invitándome silenciosamente a una pasión de las que no se olvidan.

-Aisha. -murmuró contra mi boca.

-Esto… No puede ser. -respondí utilizando la poca cordura que me quedaba en ese momento.

-No debe ser, pero es. -aseguró tornándose más fuerte, más ardiente.

Y algo racional me decía que parase, pero sus manos en mis caderas acercándome a él de forma posesiva… Entrelacé mis manos por detrás de su nuca. Hizo un movimiento certero y me subí a sus horcajadas.

Se sentó en la cama conmigo encima para terminar de desabotonarme los pocos botones que me había abrochado y proferir besos húmedos desde el cuello hasta los senos.

Solté un pequeño gemido involuntario.

Recorrí con las uñas sus anchos hombros como si no supiera exactamente por qué me los sabía de memoria si nunca antes los había tocado de verdad.

Le quité la camiseta por encima de la cabeza y la tiré a alguna parte. Besé su boca con voracidad, con necesidad, y con urgencia.

Pero las ganas contenidas eran tales, más de las que había admitido para mí misma, que parar me pareció imposible.

A él le debía pasar algo similar porque no dejaba de rozar su boca por cada zona de mi piel y,

además, usaba una de sus manos para tocar mi cuerpo como si fuese conocedor de cada zona erógena, donde empezaba y dónde terminaba.

Bajó mi pantalón lo suficiente para que yo hiciera el resto. Acabé tumbada boca arriba y, en cuanto dudé, se puso encima de mí con cuidado pero con autoridad. Su miembro erecto presionaba mi bajo vientre y los gemidos involuntarios iban in crecendo.

-Hunter… -susurró.

Se detuvo por unos segundos.

-Si no quieres, es el momento de decirlo. -dijo ronco en mi oído.

Mordió mi lóbulo consiguiendo que subiera la temperatura de mi piel varios grados.

¿Era humanamente posible parar llegados a ese punto? ¿Quería?

No. Claro que no quería parar, pero no significaba que no tuviese claro que me iba a arrepentir.

Dejé que el fuego nos envolviese a ambos para notar su boca en mis pezones ya liberados. Sus manos recorrían cada lado de mi cuerpo dibujando una silueta de modo erótico.

Mi respiración se cortó cuando dejó que sus dedos se abriesen camino entre mis muslos para llegar a lo más profundo de mi ser. Los movimientos circulares me hicieron agitarme aún más. Pero, cuando creí que no podía encontrar más placer, bajó con su boca para hacerme perder el sentido.

Su forma de hacerlo me llevaba por el camino de la perdición por lo que le pedí de forma urgente que subiese, verbal y gestualmente. Cuando conseguí que abandonase mi epicentro, subió a mi boca mientras colocaba su miembro en posición. Me miró y noté que no pensaba hacerlo sin mi respuesta, aunque fuese más que obvia.

-Hunter sí. -murmuré.

Y así la conexión que había estado sintiendo, desde el mismo momento en el que todo eso había empezado, llegó a su cumbre.

Tras el éxtasis, me quedé tumbada de medio lado sin saber bien qué esperar.

¿Se suponía que eso cambiaba qué exactamente?

Me mordí el labio expectante.

Él pasó su mano por mi cadera y me acercó a él dejando que mi espalda se apoyase en su pecho. Eso me dio suficiente tranquilidad como para quedarme dormida por un rato.

Cuando me desperté, me di cuenta de haber caído en el error de pensar por un momento que algo había cambiado. Hunter Rill no estaba en su lado de la cama.

Me di una ducha rápida y me vestí con lo que pensaba ponerme antes del… Encuentro.

Bajé hasta la cocina encontrándome a Leo muy inmerso en preparar la vajilla como si demasiadas personas fueran a cenar. Miriam a su lado, preparaba un pavo gigante. Fiora estaba presente con cara de haber masticado ajo por tener que hacer lo que desde mi posición parecía jugo natural.

- ¿Necesitas algo? -inquirió Miriam sonriente.

-A lo mejor hidratarse. -soltó por lo bajini Fiora con retintín.

¿Nos había oído mantener relaciones? ¡Que le picase tanto como si tuviese sarna a la muy… Entrometida!

- ¿A qué hora ha salido Hunter? -pregunté tranquila.

- ¿No te ha avisado? -cuestionó Fiora.

- “¿A qué hora ha salido?” es una pregunta muy sencilla. Esperaba por lo menos eso del servicio de esta casa al que tan poco le pido. -repliqué bien seria.

No era nadie para juzgarme esa.

-Hará dos horas. -respondió Miriam en modo reparador.

-Vale. -dije pensando en si habría forma de que ellos me confirmasen si era a la empresa donde había ido.

Salí de la casa notando a Leo a mi espalda. Me giré en modo interrogativo. No dijo nada.

Al salir de la casa, vi a Pietro esperándome en su elegante coche. Respiré profundo antes de montarme en el vehículo.

-Buenos días bella. -saludó demasiado feliz.

- ¿A qué debo el honor? -inquirí procurando repasar qué eventos quedaban.

-Tu última aparición, tan natural y con él tan encantador como siempre, ha dejado todo en una posición muy buena. -empezó a decir consultando, como siempre, datos en su Tablet. -Creo que es hora de un parón social. Hunter necesita centrarse en la preparación del desfile de Navidad y supongo que tú también con los contratos y eso. Dejemos que vuestros trabajos hablen por vosotros. -explicó.

- ¿Ha sido decisión tuya? -pregunté bien mosca.

Era, desde luego, mucha casualidad que acabando de pasar lo que acababa de pasar, justo quisieran que nos retirásemos de la vida social.

-Ha sido mi proposición tras analizar la imagen de la empresa y de Hunter otra vez, sí. -respondió.

Sonaba real pero no lo tenía tan claro.

-A lo mejor tu jefe tiene miedo de las nuevas reacciones inesperadas. -murmuré intentando morderme mis opiniones.

-Aisha, yo solo quiero que la imagen de los dos quede indemne después de que vuestro matrimonio se diluya. -dijo.

- ¿Me llevas a la empresa o prefieres que vaya en mi coche? Tengo contratos que arreglar, por lo visto, por la campaña de navidad que se va a hacer más pronto de la historia. -bufé.

-Te llevo. -aceptó.

El viaje lo hicimos en silencio pero había voces a gritos en mi cabeza que decían que no iba a poder asimilar nuevamente la realidad: Llegaría a la empresa para comprobar que Hunter Rill iba a hacer como si nunca hubiese pasado.

CAPÍTULO 20

AISHA

Trabajar y más trabajar era lo único que podía hacer para tener la mente ocupada en los días que siguieron a nuestra noche pasional.

Hunter estaba tranquilo en la empresa, de un lado para otro, haciendo sus tareas de jefe. Y si nos cruzábamos, saludaba sin más.

¿Se pensaba hacer el loco?

¡Como para encerrarlo en un manicomio!

Ese viernes, me dolía el cuello desde bien temprano. Elegí irme temprano, pues la mayoría de las modelos estaban conformes con las clausulas de su contrato y yo había quedado a la mañana siguiente para comer con Hilda. Ella seguía pendiente de mi trabajo y a mí me interesaba que el contacto fluyera para irme a trabajar con ella. De hecho, posiblemente era mejor idea, como le había estado dando algunas vueltas, irme antes de la empresa.

Así nadie relacionaría las cosas. Debía decírselo a Hunter pero no tenía ganas de hablar con él.

Masajeé mi cuello con dos dedos dejando la cabeza mirando hacia abajo. Una mano firme sustituyó la mía entonces.

Miré de reojo a Hunter.

- ¿Vamos? -preguntó aunque sonaba a orden.

- ¿A casa? -cuestioné con algo de sorna.

Era irónico que después de días fuese a llevarme a casa cuando habíamos actuado como si ni

siquiera viviésemos juntos.

-Vamos que llegamos tarde. -afirmó.

Acabé por irme rápido hasta su coche. Lo mejor era hacerle caso e irnos cuanto antes porque no veía de qué iba a servir ponerme a discutir.

Al cabo de más de una hora, vi que no íbamos a casa. De hecho, estábamos en una autovía de larga distancia.

- ¿Dónde vamos? -pregunté mirándole. Devolví la vista al frente sabiendo que mirándole solo vendrían recuerdos de momentos que para mí se hinchaban en mi pecho. -Mañana a las dos tengo que estar ahí, he quedado con Hilda Frypter. -anuncié.

Si él iba a ir a lo suyo que supiera que yo también estaba haciendo mis propios planes.

-Estarás. -concedió sin parar de conducir.

Llegamos a la capital ya cuando había anochecido. Aparcó en un parking privado y salimos andando por las anchas calles. Le seguía sin entender dónde íbamos hasta que vi el gran auditorio. Ahí tocaba en una hora uno de mis grupos de música favoritos.

Estaba tan en shock cuando pasó las entradas y subió al palco conmigo detrás. Me senté y solo entonces le miré de nuevo a la cara. Él también me miró.

-Creía que de tanto ponerlo cuando vamos en el coche, estaba claro que querrías verlo en directo. -dijo levantándose para irse a saber dónde.

Me quedé absorta en toda la gente que estaba con luces esperando a que salieran al escenario. Era un ambiente precioso.

Hunter volvió tendiéndome bebidas y un perrito caliente. Lo cogí ensimismada en sus ojos risueños. Me reí sorprendiéndole. Yo misma me sorprendía.

-Me parece gracioso que tú, Hunter Rill, todo poderoso, traiga perritos calientes. -solté.

-Soy humano. -rebatió riéndose también.

- ¿Seguro? -interrogué mordiéndome el labio.

El tiempo se pasaba absurdamente rápido con él y era como si fuera natural estar uno al lado del otro. Dejé cualquier pensamiento negativo atrás mientras las canciones se sucedían y yo solo me dedicaba a cantarlas. Eso sí, si era sincera conmigo misma, me entretenía casi el mismo tiempo admirando el perfil de Hunter.

Y de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban quedándose perdidas en un instante.

Una canción sobre promesas y una boda, ese fue el detonante. Por suerte, era la última así que, no fue tan cantoso cuando me levanté dirigiéndome directamente a la salida.

-Aisha. -La voz de Hunter era firme pero suave.

¿Qué sabía él de lo que pasaba por mi cabeza o de mis sentimientos?

-Si nos vamos ya… -sugerí.

-Es un camino largo así que, primero vamos a cenar. -aventuró. No parecía una opción. Rodé los ojos. -Creí que te gustaría.

-Creía que tú eras más simple. No hacías suposiciones. Yo sobrepensaba las cosas. -comencé a recitar sintiendo que empezaba a bullir la sangre. -Pero claro, tú no haces nada para que esto sea así. Solo estamos en la capital, a seis horas de viaje en coche, viendo a mis artistas favoritos, en un palco flipante… -Hice una pausa. -Creando recuerdos que para mí sí que significarán un vínculo cuando para ti no.

Eso era un reproche en toda regla y sabía que me había prometido a mí misma no hacerlo pero me había sido inevitable.

- ¿Tan poco te apetece cenar? -inquirió con su pasmosa tranquilidad.

¿Era sordo? ¿Se lo hacía?

-Es que no se trata de eso. -respondí.

-Perfecto porque entonces estará bien cualquier cosa que lleve queso. -aseguró parando en un restaurante italiano.

No sabía cómo comportarme así que me dejé agasajar con los platos, demasiados y buenísimos, que iban trayendo.

-Hunter… -le llamé.

-Aisha, si quieres saber algo, pregunta. -solicitó.

- ¿Qué somos? -pregunté sintiendo apretado el pecho y seca la garganta.

-Amigos. -respondió tras una eternidad.

Casi me atraganto con el dulce que estaba probando.

Eso iba a ser duro de asimilar.

¿Qué coño hacíamos entonces a tantas horas en un concierto? ¿Qué mierda pretendía?

-Pietro me ha dicho que es mejor que no vayamos a muchos eventos antes del desfile de Navidad. Lo he estado pensando y creo que es lo mejor también. -dije.

Nos montamos en el coche.

-Si tú lo ves, yo también.

-Ahora todo lo que yo digo va a misa. -ironicé. Se encogió de hombros. -Mañana voy a intentar que Hilda me contrate ya. -expliqué.

- ¿Y la prisa por abandonar modas Hunter? -cuestionó tenso de pronto.

¿Por qué tenía que parecer que le importaba que me fuera y que eso me diera alegría? ¡Si no tenía interés! Me tenía que concienciar de que solo le interesaba mi parte profesional, y que yo era su mejor abogada. No quería perderme en ese campo, y quería que formase al nuevo, que si bien parecía implicado, en cuanto a práctica no tenía mucha experiencia.

-Creo que cuanto antes me haga un nombre en otra parte, será más fácil justificar que nos vemos menos y eso. -atajé.

-Los eventos de Navidad y de año nuevo tienes que hacerlos tú. -remarcó.

-Los haré. Después puedo ayudar un poco al chico mientras se termina de adaptar. Tiene lógica porque soy tu prometida y luego seré tu mujer. -La pausa correspondiente a tomar el aire e intentar asimilar lo que yo misma estaba diciendo. -Cuando nos divorciemos será más fácil.

-No nos hemos casado y estás pensando en divorciarte. -espetó de mala gana.

-Dime qué quieres si no es lo que estoy diciendo. -exigí cabreada.

-Ese es el plan y es lo que se va a hacer. -afirmó.

CAPÍTULO 21

AISHA

La navidad se nos echó encima de una forma impresionante. Hubo mil y un problemas que tuve que solucionar, que si las localizaciones, que si bajas de última hora… Pero eso lo llevaba bien.

No tan fácil me resultaba cuando llegaba a casa. Había empezado a hacer algunos contratos para Hilda, ella quería asegurarse de que podía hacerlo y llegar acuerdos más ventajosos incluso que los que conseguía su abogado. Pero nuevamente, lo que me costaba era estar sola en el sofá con la manta liada y el portátil viendo como Hunter entraba y salía dedicándome solo un movimiento leve de cabeza.

¿Cómo diablos le resultaba tan fácil?

Bufé cuando sonó la puerta, como se había convertido en costumbre.

- ¿Y eso lo haces siempre? -inquirió Hunter a mi espalda sobresaltándome.

- ¿Qué haces aquí? -interrogué chillando un poco.

-Es mi casa también. -respondió con media sonrisa, la cual hacía tiempo que no veía. -Pero eso no contesta a mi pregunta.

-Muchas veces, sí. Es consecuencia directa de que seas insufrible. -reté alzando la barbilla.

Eso, el burro grande ande o no ande.

-Insufrible… -repitió. - ¿Te vienes? -interrogó tranquilo.

- ¿Puedo preguntar dónde? -cuestioné. No dijo nada. -Voy a cambiarme. -acepté rodando los ojos.

Su carcajada me llegó muy dentro mientras me iba a cambiar.

¿Por qué existían personas capaces de hacer aletear tu corazón y tus nervios de esa manera sin sentido? Lo que debería estar prohibido era que eso te lo hiciera sentir alguien que no estuviese dispuesto a quedarse contigo.

-Pasaré frío. -murmuró cuando bajé y nos subimos al coche.

Si esperaba una explicación, iba lista.

El trayecto fue una especie de burbuja del tiempo mezclada con ficción. Él hacía sencillamente como si no pasase nada y yo… Bueno, me resultaba inevitable no hacer lo mismo.

- ¿Sabes que la navidad es mi fecha favorita del año? -cuestioné. Solo sonrió. -Todo el mundo está tan unido… Tan feliz…

- ¿Por qué si eso es lo que piensas no has formado una familia? -interrogó.

Y esa era la primera pregunta que recibí de verdad de él desde que nos conocíamos así que… Me quedé atónita, esperando a que me dijese que era broma y que no quería saberlo.

Dio un suave golpe en mi rodilla para instarme a hacerlo.

-Lo cierto es que siempre me ha hecho ilusión tener una familia propia grande. -empecé a decir sintiendo que no había dicho esas palabras en alto en realidad. Nunca había tenido esa sensación de complicidad con alguien. -Pero si me quedaba en el pueblo, era sencillo perder mis otros sueños por el camino. No es que no me quiera dedicar a mi familia, es que… También he estudiado. Sé que valgo para ser la abogada que soy. Entonces… Siempre he tenido el pensamiento de triunfar y buscar a alguien que viera brillo en eso; Que tuviéramos proyectos de crecer incluso creando una familia. -argumenté.

-Mmm. -contestó.

- ¿Eso es todo lo que vas a decir? -interrogué poniéndome inquieta.

-Es un buen proyecto. -respondió.

-Te importa una mierda. -murmuré tragándome las ganas de desdecir lo que le había contado.

-Te estoy escuchando. -aseguró como si eso justificase todo.

- ¿A dónde vamos? -interrogué viendo que era mejor opción cambiar de rumbo la conversación.

-Estamos llegando. -admitió.

Bajé cuando detuvo el coche y le seguí subiendo por un sendero que parecía atravesar la montaña.

-No soy buena deportista. -aseguré riéndome de la idea de verme subiendo un monte.

Menos mal que a esas alturas tenía claro que no iba a pasar nada real con él porque de lo contrario me hubiera espantado la idea de que me viese sudando, con el pelo por donde quisiera ponerse con el viento, y en actitud de hacer equilibrio como si en una pelota de circo se tratase porque era más bien patosa.

Pensado y realizado. Me resbalé con una roca. Su mano me agarró enseguida con firmeza evitando que me cayese para acercarme mucho a él. Quizá más de lo que era capaz de aguantar sin desmoronar mi entereza y certeza respecto al tema.

- ¿Crees que voy a dejar que te caigas? -inquirió tan encantadoramente que me faltó el aliento.

-Espero que no. -respondí con sinceridad.

Me dejó pasar delante indicándome con la mano que solo tenía que seguir el camino. Lo hice lo mejor que pude y solo me resbalé como unas diez veces antes de llegar a la cima.

-Claro que no. -murmuró.

Hice por alguna razón como que no le oía.

Las vistas desde la cima eran impresionantes. Se veía todo un pueblo iluminado con luces de navidad, debía ser de los primeros en hacerlo.

- ¿Se está barajando para las fotos previas al desfile? -interrogué.

-No. -contestó escueto.

- ¿Para que lo vea yo? -pregunté mirándole fijamente. No hico ni un solo gesto. Exasperante. No, otra vez esa sensación de tener que adivinar lo que quería no pensaba tenerla. -Pues vámonos. -espeté.

Eché a andar hacia abajo porque necesitaba alejarme de él. Me retuvo del antebrazo y me giró hacia él.

-No te vayas. -pidió.

-No es mi culpa irme si me gritas con tus actos todo el tiempo que me vaya. -respondí.

-No te vayas si no quieres irte. -repitió.

-No es mi culpa. -reiteré.

Me acercó a él para inundar mi boca con la suya. Me fue imposible no responder, pero acabé por apartarme y empezar a negar con la cabeza.

- ¡Aisha! -llamó. No le hice caso. -Espera. Volvió a pararme. - ¿Y si no sé comportarme de otra manera? -cuestionó.

Esa pregunta consiguió que me dejase de intentar soltar y me perdiese en sus ojos.

-Tampoco lo intentas… -susurré.

-Sé que todo el mundo me quiere ahora que soy perfecto, pero antes de ser lo que soy ahora, he sido invisible para toda esa gente que ahora me llama “el mejor trofeo”. Tampoco he visto a nadie interesarse por mí cuando no estoy en mi plan de ser el soltero de oro. -dijo en una retahíla.

- ¿Miedo? -cuestioné sintiendo la garganta seca.

-No sé qué es, pero duele. -murmuró. -Cuando pienso que cuando me conozcas, ya no me querrás. -confesó.

-Yo he estado siempre dispuesta a verte más allá de lo que tienes y de lo que dicen de ti. -respondí.

-Y yo te he visto incluso antes de todo esto. -aseguró. Yo me quedé callada, con el pecho hinchado, sin saber qué decir. -Pero tú ya lo sabes, porque siempre lo sabes todo.

-Eso no.

-Sí, yo te lo respondí cuando me preguntaste si era la primera vez que pensaba en hacerte mi esposa. -explicó.

- ¿Y yo tenía que deducir qué exactamente? -pregunté sin poder evitar soltar una sonrisa.

-Que me interesabas suficiente. -Una pausa. -Que me gustabas como nadie lo había hecho. -confesó.

En ese momento, vi que dudaba así que hice lo único que podía hacer: Demostrarle que si él se mostraba, yo no le abandonaba.

CAPÍTULO 22

AISHA

La navidad era mi momento favorito del año pero, tras casi todo el mes actuando casi como personas normales, tenía miedo de que el evento social, el desfile, lo estropease todo.

-Estás muy pensativa. -dijo Hunter a mi espalda rodeando mi cintura.

- ¿Qué pasa si no vamos? -cuestioné recolocando su camisa para mirarle directamente a los ojos. -Sé que no podemos, pero me gustaría. -admití.

-Nada va a salir mal. -respondió tranquilo, como siempre era.

- ¿Y si sí? Esa gente espera que sigamos siendo perfectos. -Le vi y simplemente se encogió de hombros. Para ellos lo éramos y yo no tenía que fingir absolutamente nada. -Que nos casemos… -murmuré sacando el tema que me había rondado los últimos días.

Casarse en una farsa era una cosa pero habiendo una relación, aunque fuese incipiente, de por medio…

-Todo va a salir bien. -afirmó.

-No puedes saberlo.

-Nada sale mal contigo. -dijo para después besarme con pasión. Mi móvil sonó por vigésima vez en media hora. - ¿Algo en lo que pueda ayudarte?

Enarcó una ceja.

-Mi madre quiere saber si iremos para navidad. Sé que estás ocupado así que, cuando tenga un hueco, la llamaré para explicárselo. -contesté sonriendo a medias.

Eché a andar pero me frenó en seco. Bailé con los tacones a punto de caerme aunque enseguida me cogió. Parecía que siempre sabía exactamente qué me iba a pasar y cómo evitarlo.

-Deja de pensar en lo ocupado que estoy o no, porque hay prioridades. Y esto ya no es como empezó. Tú eres mi prioridad, lo que sea importante para ti, también lo es para mí. -enumeró consiguiendo volver a hacerme sentir mariposas. -Y lo de la boda…

Se quedó callado así que le golpeé suavemente en el hombro.

-Sabes lo que siento. -susurré suspirando.

-Pero no entiendo por qué eres capaz de ver lo que yo no digo y no de creer lo que sí digo. -Alzó mi barbilla con una mano. -Nos íbamos a casar porque estaba seguro de que contigo saldría bien, pero ahora, no tiene ningún sentido que te plantees que eso sea un problema. -argumentó.

-Hace mucho tiempo que no me había planteado casarme. Y después llegaste tú… -Me dio un corto beso. -Si pudiéramos retrasar la boda…

Quería casarme cuando él me quisiera, cuando quisiera pedírmelo de verdad, como si nuestra realidad hubiera sido salir como personas normales.

-No necesitamos esperar, yo también sé cómo piensas, aunque no me lo digas, y estoy seguro de que es el momento. -replicó.

-Si supieras lo que pienso… -murmuré.

- ¿Te diría que te quiero? -cuestionó dulcemente.

- ¿Me lo dirías? -pregunté conteniendo la respiración una vez más.

-Te lo prometeré en el altar. -aseguró.